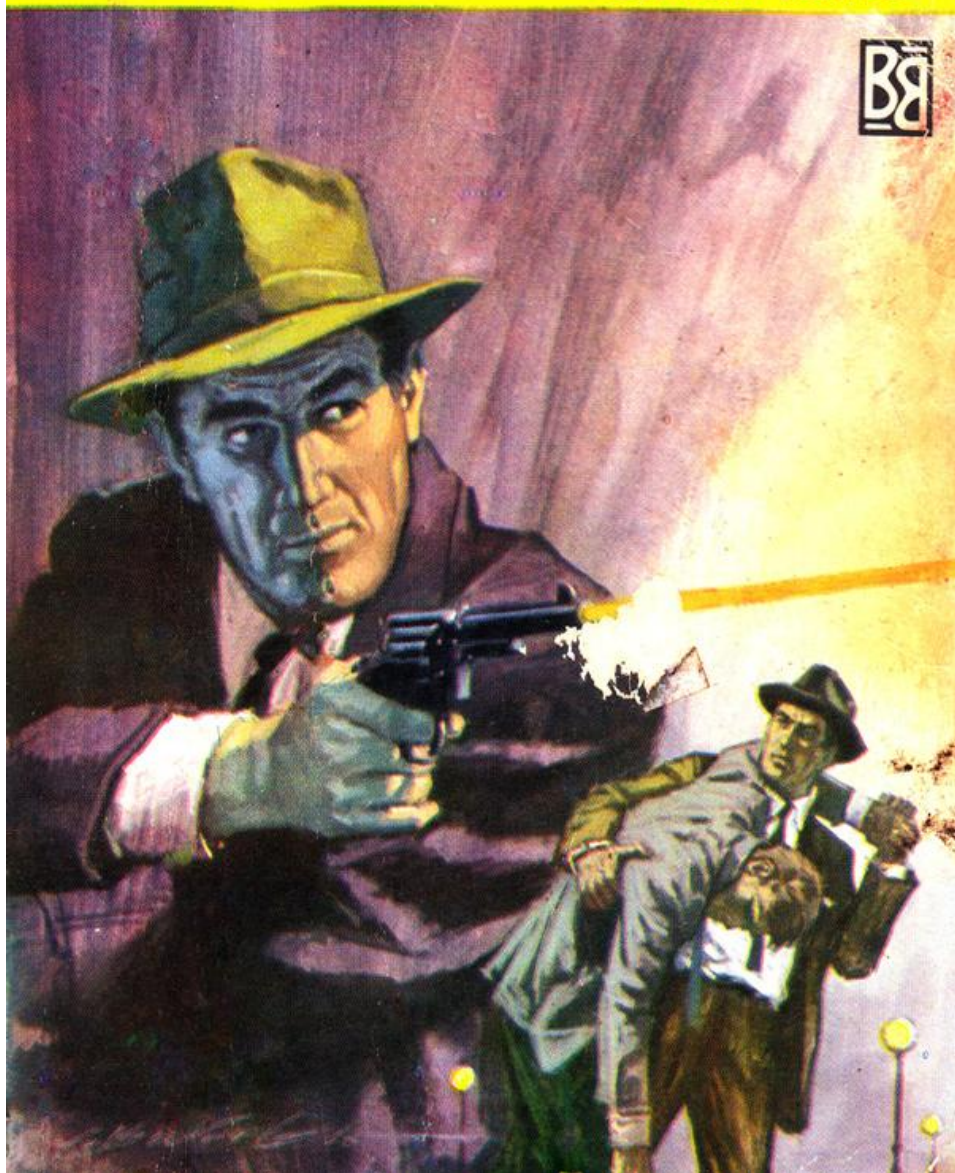


PUNTO
ROJO

pasos junto a mi tumba

silver kane



PASOS JUNTO A MI TUMBA



SILVER KANE

PASOS JUNTO A MI TUMBA

Col. PUNTO ROJO n.º 175

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 17819 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: agosto 1965

© SILVER KANE - 1965

sobre el texto literario

© ANTONIO BERNAL - 1965

sobre la cubierta

© COSTA - 1965

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 4121/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
921. — Jinetes en la niebla.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
782. — La calle que no existía.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
451. — La viuda de Satanás.
- En Colección KANSAS:
315. — Hijo de la muerte.
- En Colección BÚFALO:
593. — El zorro y la tigresa.
- En Colección ASES OESTE:
320. — La ciudad de los fantasmas.
- En Colección PUNTO ROJO:
155. — Una vieja ventana.
- En Colección METRALLA:
49. — ¡Os ordeno morir!
- En Colección SELECCIONES SERVICIO SE-
CRETO:
143. — El hotel de las brumas.
- En Colección BRAVO OESTE:
220. — El jinete de Nebraska.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
19. — Rumbo al más allá.
- En Colección COLORADO:
409. — Los caballistas.
- En Colección CALIFORNIA:
459. — Vendo mi cadáver.

CAPÍTULO PRIMERO

Posiblemente serán muchos los lectores —especialmente aquéllos que hayan estudiado de modo profundo la Segunda Guerra Mundial— que habrán oído hablar ya alguna vez de Roger Banton.

Roger Banton fue una de las figuras de la Resistencia francesa durante la ocupación alemana, y su nombre lo encontraréis en distintos lugares de París. Hay placas que recuerdan que en tal o cual lugar abatió a tiros, él solo, a un numeroso grupo de oficiales alemanes, y en decenas de libros y revistas de la época se le recuerda como un hombre misterioso, dotado de poderes casi sobrenaturales, que hubiera sido capaz de sentarse a la mesa de Hitler y liquidarlo sin que éste se diera cuenta. Son muchos los que me han dicho que Roger Banton, si no llega a morir tan joven, hubiera cambiado por sí solos el curso de la guerra.

Encontraréis noticias sobre él especialmente en las colecciones de «Le Parisiën Libéré», el «New York Herald», «II Popolo d'Italia»

y el «Frankfurter Zeitung», diarios estos dos últimos donde se llegó a ofrecer una recompensa por su cabeza.

Al término de su vida se calculaba que Roger Banton, quien actuaba siempre en solitario, había cometido más de ochenta actos de sabotaje contra las fuerzas alemanas, había matado a unos cien hombres del Ejército de Ocupación del Reich, se había apoderado de una emisora de las SS, por la que llegó a gritar «Viva Francia Libre», y había tenido dos amiguillas alemanas, las cuales pertenecían a los Servicios de Información de la Gestapo y le desvelaron sin embargo todos sus secretos, gracias a lo cual pudo llevar a buen término varias de sus fantásticas hazañas.

Todo esto puede parecer increíble a quienes conozcan la férrea

organización que en aquella época —1942 – 1944— tenían las fuerzas del III Reich y lo difícil que era atentar contra ella. Sin embargo todo lo relativo a Roger Banton fue confirmado por testigos, y hoy parece fuera de toda duda que resultó un auténtico personaje de leyenda.

Sin embargo, no es ése el motivo de que ahora escriba acerca de él. Hubo tantos héroes en la Resistencia de todos los países —desde la francesa a la soviética— que Roger Banton sería una figura distinguidísima, pero desgraciadamente ahogada por el transcurso del tiempo.

No en vano han transcurrido ya veinte años, y en ese tiempo hasta a los héroes se les olvida.

Pero con Roger Banton sucedió algo distinto, y tal es la causa de que ahora escriba acerca de él.

Si fabulosa fue la vida de Roger Banton, mucho más fabulosa fue su muerte.

Porque Roger Banton fue el primer habitante de la Tierra que resultó asesinado por algo venido de otro planeta.

Así, al menos, se me planteó el asunto cuando yo me enfrenté a él.

No, ésta no es una novela de «science-fiction», ni ocurre en ella nada que no tenga lugar en nuestra esfera terrestre. Incluso aseguro a los amigos lectores que la cosa empezó del modo más rutinario y aburrido que se pueda imaginar.

Yo tengo ahora treinta años, y entonces tenía veintinueve. Estaba en aquella época escribiendo una serie de artículos sobre la II Guerra Mundial para una agencia informativa francesa, cuando su director, *monsieur* Mesmer, me llamó a su despacho de París.

Me encontraba entonces en *Tours*, y no me resultó difícil acudir a su llamada. Además, *monsieur* Mesmer tenía fama de poseer una secretaria fuera de serie.

En efecto, su secretaria, una holandesa llenita, estaba copiando unas cartas a máquina cuando yo llegué al despacho. Me fijé inmediatamente en sus redondas y torneadas rodillas, que se distinguían por debajo de la mesa. Doy mi palabra de honor de que hubieran servido para un anuncio de medias fuera de serie. Pero no tuve mucho tiempo para reflexionar sobre ello, porque *monsieur* Mesmer apareció enseguida en la puerta de su despacho.

—Pase, Haley. Le agradezco mucho que se haya molestado en venir hasta París.

—No es ninguna molestia, y además no tengo prisa. Estaba admirando lo bien que trabaja su secretaria.

—Pues no lo comprendo. Mi secretaria no trabaja debajo de la mesa.

Me mordí el labio inferior.

—Hay tipos aburridos, *monsieur* Mesmer, y usted es uno de ellos. ¿Pero qué le vamos a hacer? Hala, adentro.

Dentro no había secretarias ni nada que lo pareciese. Aquel esbirro de Mesmer sólo iba a su despacho a trabajar, lo cual no deja de ser un atraso. E hizo que nos pusiéramos inmediatamente manos a la obra.

—Oiga, Haley: ¿Usted conoció a Roger Banton?

—Sí, efectivamente llegué a conocerlo.

—Debía ser un chiquillo...

—Tenía diez años.

—¿Cómo lo conoció?

Encendí un cigarrillo, mientras ordenaba mis recuerdos. Unos recuerdos muy poco agradables por cierto.

—Yo vivía entonces en París —expliqué lentamente—, muy cerca de donde está el Museo Carnavalet, es decir en los bordes de lo que los alemanes habían clasificado como barrio judío. Cuando empezaron a deportar gente al campo de concentración de Drancy, con destino a los campos de exterminio, muchas mujeres y niños intentaron huir, pero sin resultado. Aquellos perros de las SS eran implacables. Mataban sin piedad a cualquiera que ocultase a un judío, aunque éste fuera un pobre niño. Yo no pertenecía a la raza semita y no debía, por tanto, sentir ningún temor, pero un día alguien mató a un oficial alemán en la calle. Los de las SS detuvieron como represalia a cincuenta rehenes, uno de los cuales era yo. Sin ninguna clase de ceremonias, se dispusieron a fusilarme.

Monsieur Mesmer me escuchaba con atención.

A pesar de haber visto durante su vida muchos horrores, había algunas cosas a las que no se había acostumbrado nunca, como por ejemplo, el que alguien pudiera pensar en fusilar a un niño. Sin embargo no era eso lo que en realidad le interesaba, sino el modo como yo había conocido a Roger Banton.

Proseguí:

—Iban a hacerlo en un descampado cerca de la Porte Saint Martin. Había siete soldados alemanes y un oficial, y éramos tres los rehenes que íbamos a ser ejecutados en aquel momento. Cuando la descarga iba a producirse, sonó una ráfaga de metralleta. Fue tan certera y tan implacable que ninguno de los alemanes tuvo tiempo ni de moverse. Cuando nos dimos cuenta, ya estaban muertos. A lo largo de mi vida llegué a ver luego muchos disparos de metralleta, pero nunca tan certeros y exactos como aquéllos. Fue increíble. Cuando los alemanes se bañaban en su propia sangre, una vieja desdentada surgió de detrás de una pila de basuras donde había estado oculta hasta entonces. Parecía encorvada, pequeña y casi, casi centenaria. La metralleta que colgaba de una de sus manos daba la sensación de algo increíble.

»Se aseguró de que ninguno de los SS vivía, y luego se irguió. Resultó que no era tal vieja. Ante nosotros apareció un tipo alto, fuerte, que se desprendió de los harapos como un artista consumado se despoja de su disfraz en el camerino del teatro. La grasienta peluca que deformaba su rostro también saltó. En un par de segundos lo vimos como lo que realmente era: Como un hombre joven y fuerte que se movía con la apostura y la distinción de un militar profesional.

»En aquel momento apareció también una vieja cuba de agua de las que entonces regaban las calles de París. Resultó que la cuba estaba vacía, y que existía en ella una boca disimulada por la que pudimos entrar. Diez minutos más tarde estábamos lejos de allí, sin poder creer todavía que siguiéramos con vida. Cuando aquel hombre nos dejó al fin, en un refugio de Saint Cloud, nos explicó sencillamente que se llamaba Roger Banton.

Yo había terminado mi cigarrillo. Lo deposité en uno de los ceniceros de plata labrada de Mesmer.

—Supongo que los alemanes les buscarían —dijo al cabo de unos momentos de silencio.

—En efecto, pero no dieron con nosotros. Roger Banton nos protegía. En aquel extraño refugio de Saint Cloud —un doble sótano en una casa dañada por las bombas— había gente oculta como para llenar un estadio de fútbol. No sé cómo Banton conseguía comida ni medicinas, pero el caso fue que logramos subsistir. Me imagino que

en esto tomó parte activa una mujer llamada Hilde. Ella nos ayudaba.

—Hilde era miembro de la Gestapo, ¿no?

—Había trabajado como confidente en diversas ocasiones, eso es cierto. Los alemanes la tenían por mujer de absoluta confianza, y le daban acceso a los lugares considerados como secretos. Pero debía estar enamorada de Roger Banton, porque hacía lo que éste le mandaba. También nos trajo provisiones a veces otra mujer llamada Arma, que igualmente pertenecía a la Gestapo. Una sola palabra de cualquiera de ellas hubiera bastado para acabar con Roger Banton, pero no le traicionaron jamás, a pesar de saber cada una de ellas que también tenía relaciones íntimas con la otra. Nunca me he explicado aquel extraño poder de seducción de Roger Banton, la curiosa facilidad con que mandaba en todo el mundo. Era uno de esos hombres que, sin que se sepan las causas, se hacen respetar con una sola palabra y doblegan la voluntad de cualquier mujer con una sola mirada.

—¿Era guapo Roger Banton? ¿Resultaba uno de esos hombres que de vez en cuando se hacen mundialmente populares a través de las pantallas de cine?

—No lo sé. Como usted se habrá dado cuenta, *monsieur* Mesmer, se da una circunstancia muy curiosa con ese hombre.

—¿Se refiere a que no hay fotos suyas?

—Así es.

—Verdaderamente resulta extraordinario.

—Sólo según como se mire. Un elemento destacadísimo de la Resistencia, como era Roger Banton, no podía consentir que se le fotografiara en ningún momento, porque eso hubiera significado un gravísimo peligro. Si Roger hubiese vivido después de la victoria, es completamente seguro que su imagen hubiera dado la vuelta al mundo. Pero murió el año 44, y su imagen se perdió en el secreto en que había estado hundida siempre. Ni una huella, ni una carta, ni una foto.

—No deja de ser extraño, sin embargo, ¿verdad?

—¿Por qué lo dice?

—Porque eso parece confirmar lo que algunas personas han estado diciendo.

—¿Y qué han dicho?

—Que a Roger Banton no se le podía fotografiar.

Empecé a sentir frío en la espalda. Musité:

—¿Por qué?

—Porque no era un ser de este mundo. Muchos han asegurado que lo que él hizo no lo podía realizar un ser humano. Que el extraño magnetismo que se desprendía de él, y que le hacía dominar a hombres y mujeres, no era propio de un ser normal. En pocas palabras: Que Roger Banton era un ser de otro planeta.

El frío en mi espalda se acentuó. No me explicaba por qué, puesto que siempre he sido un hombre realista. Pero ahora me daba cuenta de que todo lo relativo a Roger Banton me había preocupado siempre, y no sólo por el hecho de que le debiera la vida. En realidad lo de Banton no me lo había explicado jamás. Me estremecí cuando Mesmer preguntó roncamemente:

—¿Sabe cómo murió?

—Sobre la muerte de Roger Banton se han escrito muchas cosas, pero ninguna de ellas rigurosamente ciertas. Influyó mucho el hecho de que su muerte acaeciera durante lo más implacable de la ocupación alemana, por lo que no pudo levantarse ninguna clase de documento oficial. Lo único cierto es que un día Roger Banton apareció muerto en el apartamento del *boulevard* Hausmann que ocupaba con nombre supuesto. No presentaba ninguna herida, y aparentemente se le había parado el corazón. Lo curioso era que Banton no había sufrido del corazón nunca, y su constitución física era realmente extraordinaria. Pero aquella muerte no tenía otra explicación.

—¿Quién lo descubrió?

—Fue Hilde, una de sus amigas alemanas, la cual le había proporcionado además la documentación falsa. Ella avisó a los demás miembros de la Resistencia.

—¿Qué se hizo entonces?

—El cadáver desapareció discretamente. Nadie podía exponerse a la serie de peligros que significaba dar sepultura a un cuerpo con documentación falsa. Simplemente un día aquel hombre desapareció, y los alemanes nunca más supieron de él. Me parece recordar que el cadáver fue incinerado para mayor seguridad.

—¿Qué había en el apartamento que Roger ocupaba? —me preguntó Mesmer—. ¿No había un observatorio?

—Sí... Es curioso, pero lo había. No sé cómo los alemanes lo respetaron. Lo cierto era que aquel observatorio existía cuando Roger Banton murió.

—Verdaderamente increíble.

—Sí —admití yo—. Lo era.

—¿No se encontró nada más en aquella habitación? —preguntó suavemente Mesmer.

—Sí —musité—. Algo muy extraño, pero a lo que nadie prestó atención entonces. Piense que la invasión aliada estaba a punto de producirse, y los compañeros de Banton sólo pensaban en eso. Además la policía no intervino, no se comentó nada... Sin embargo la huella estaba allí. Yo mismo llegué a verla.

—¿Qué huella? —inquirió Mesmer, echando hacia adelante su cuerpo, mientras los ojos le brillaban con intensidad desconocida.

—La huella de aquella garra —musité—. La huella de aquella garra enorme que de ningún modo podía haber pertenecido a un ser humano ni a ningún animal conocido.

Mesmer me lo decía con voz turbia al cabo de algunos minutos:

—Tiene que empezar con eso, Haley. No se detenga ante nada. Frente al sitio donde vivió Roger Banton están ahora alzando un edificio enteramente de metal que pertenecerá al Consorcio de joyeros. Pretenden que las joyas que les son confiadas estarán más seguras en un sexto piso, tras paredes de acero que cualquiera puede ver, que en oscuros sótanos. No vaya de momento allí, porque creo que lo interesante está en otro sitio. Empiece buscando a las mujeres que trataron a Roger Banton... si es que aún pertenecen a este mundo.

CAPÍTULO II

Yo estaba en Hamburgo, dispuesto a realizar el más extraño trabajo que se me había encargado jamás.

¡Seguir los últimos pasos de un hombre muerto veinte años antes! ¡Buscar la explicación de una muerte inexplicable, sobre la que entonces todo el mundo guardó silencio!

Y yo había ido a Hamburgo porque en Hamburgo debía vivir Hilde, la muchacha que en aquella época pertenecía a la Gestapo alemana y sin embargo se enamoró de Roger Banton, la que nos llevaba de vez en cuando alimentos y medicinas a nuestro refugio de Saint Cloud y luego descubrió el cadáver de Roger en aquel observatorio.

Mesmer me había dicho:

—Consígame unos buenos reportajes y unas buenas fotos. Hay mucha gente que quisiera oír hablar nuevamente de Roger Banton, incluso los mismos alemanes. Además su inexplicable muerte puede apasionar a millones de lectores. Haga un estudio completo sobre él y se lo pagaré a buen precio, Haley, aparte de que con ello conseguirá fama mundial.

Y yo, Robert Haley, que estaba muy necesitado de la fama mundial y de los buenos precios, me encontraba por esa causa en Hamburgo. Quería reconstruir algo que durante años me había inquietado, y que ahora me inquietaba de nuevo como si lo estuviese viviendo otra vez.

Ya en Hamburgo, me instalé en un hotel muy cercano a la Chilehaus, en pleno centro. Mesmer no me había dado demasiado dinero, pero tampoco me escatimaba los gastos. Mi equipo consistía en una máquina fotográfica «Leica» con elementos para gran angular y teleobjetivo; en una máquina de escribir «Hispano

Olivetti» color rojo; en dos bolígrafos de colores y en una pistola «Magnum» que yo conservaba como recuerdo desde los tiempos de la Resistencia, pese a ser entonces un niño.

¿Por qué me llevé la «Magnum»? ¿Qué fue lo que me impulsó a creer que llegaría a necesitarla?

No supe en esos momentos contestarme a mi pregunta, pero lo cierto es que luego no me arrepentí de haberla llevado conmigo.

Inmediatamente después de mi llegada a la ciudad, que ya conocía en parte, me puse manos a la obra.

La primera dificultad —y grande— estribaba en encontrar a Hilde, que debía ser ya una mujer madura, y cuyo historial no figuraría en ninguna parte, pues casi todos, los archivos de la Gestapo habían sido destruidos en los últimos días de la guerra.

Pero existían personas que habían conocido a Hilde, y que podían facilitar una pista. Dos días después de mi llegada a Hamburgo supe que Hilde, al terminar la guerra, había sido violada por unos soldados americanos borrachos. Que luego había intentado suicidarse, temiendo se descubriera su participación en la Gestapo. Que había estado internada mucho tiempo en un hospital, de donde salió con una hija. No hija de uno de los soldados americanos borrachos, sino bastante anterior. Al parecer Hilde la había tenido poco antes de terminar la guerra, y la depositó en manos de unos amigos. Éstos se la devolvieron cuando estaba en el hospital, lejos ya de todo peligro inmediato. Un simple cálculo de fechas me hizo comprender que existían grandes posibilidades de que aquella niña fuera hija de Roger Banton.

La cosa empezaba bien.

Si mis datos se confirmaban, resultaría que aquella desconocida alemanita se convertiría de pronto en la hija de un héroe nacional de Francia. Una situación capaz de llamar la atención en todo el mundo, y cuyo descubrimiento cualquier periodista envidiaría.

Ahora sólo me faltaba dar con Hilde.

Las investigaciones me llevaron a una casa de la Reeperbahn, la arteria principal del barrio de San Pauli, donde está centralizada casi toda la vida alegre de la crapulosa ciudad.

Allí fue donde me llevé la primera sorpresa.

La casa tendría unos tres pisos, y era muy vieja. Sin inda debió recibir impactos de bala durante la última guerra y había sido

restaurada sin demasiado buen gusto. Era una de esas casas que un día el municipio derriba sin que la gente se ponga a llorar. Un cascarón a punto de derrumbarse de puro viejo.

En la planta baja había un fotógrafo cuyo rótulo, en letras de pequeño tamaño, decía: «Especialidad en fotos íntimas». Y debajo, para que la gente supiese de qué se trataba, la reproducción a buen tamaño de una chica probándose un ligero.

El primer piso estaba ocupado por un modisto especializado en ropas para gente del teatro.

En el segundo, una placa proclamaba:

FRAULEIN KITTY Manicura y Masaje

Muy probablemente aquella «*Fraulein Kitty*» era la hija de Hilde, o quizá Hilde misma. En realidad la antigua agente de la Gestapo no se había casado nunca, por lo que el calificativo de «*fraulein*», o sea señorita, encajaba en ella perfectamente.

Llamé a la puerta, y ésta se abrió al instante.

Enseguida empezaron a suceder cosas.

En primer lugar, un gigantón vestido con pantalones grises y una chaqueta de piel me golpeó en la frente con una cachiporra de goma. En segundo lugar, un tipo pequeño y sinuoso, con aspecto de indígena de Borneo, intentó arrastrarme al interior del piso. En tercer lugar, todo empezó a dar vueltas en torno mío.

No soy un alfeñique, y aunque no me dedico a los ejercicios violentos porque la falta de tiempo me lo impide, pertenezco a la categoría de los pesos fuertes. Por eso el impacto que le clavé en la mandíbula al gigantón lo envió al otro lado de la pieza antes de que tuviera tiempo para darse cuenta.

Yo no entendía nada de lo que estaba sucediendo, y suponía se trataba de un error. Pero no podía perderme en explicaciones ante tíos que atacaban con cachiporras. De modo que, enfurecido por el golpe, sujeté al pequeño por la cabeza y le aplasté tres veces las narices con la pared más próxima.

El pequeño cayó al suelo, aullando de dolor, mientras su amigo se levantaba y venía hacia mí de nuevo con su cachiporra. Esta vez no esperé a que atacara y le envié un puntapié al vientre con todas mis fuerzas. La verdad es que yo estaba asustado, y eso me daba un

vigor del que en otros momentos hubiera carecido. Vi que el tipo retrocedía y le golpeé en el cuello con el canto de la mano abierta. Instantes después, lo veía caer al suelo escupiendo sangre.

El golpe no había sido mortal, ni mucho menos, pero resultaba uno de esos impactos que le dejan a uno preocupado durante media semana. Era indudable que aquel tipo, por el momento, no me atacaría más.

El pequeñajo, sin embargo, había reaccionado.

Él resultaba mucho más dañino. Era uno de esos tipos sinuosos que nunca atacan de frente. Le vi venir hacia mí con una navaja en la mano derecha cuando aún su compañero no había terminado de caer del todo.

Su golpe, esquinado y de abajo arriba, era de los que resultan difíciles de parar. Tuve tiempo justo para echarme atrás, y la punta de la navaja me pasó tan cerca que se llevó como una máquina segadora el único botón de la americana que llevaba abrochado. El frío de la muerte penetró hasta el fondo de mis huesos, a pesar de que supe desde el primer momento que no había sido alcanzado.

La navaja volvió hacia mí. Ahora el tipejo repetía su golpe en dirección contraria.

Pero yo ya estaba advertido, y detuve su golpe con el antebrazo. La navaja casi saltó de entre los dedos del tipo a consecuencia del impacto. Me sujetó nerviosamente por la corbata con la mano izquierda, para que yo no pudiese apartarme al lanzar él su nuevo golpe, y eso le resultó fatal.

Cuando un peso mosca se enfrenta a un peso fuerte, lo mejor que puede hacer es esquivarlo y no acercarse demasiado. Un cuerpo a cuerpo equivale para él a un suicidio.

Yo también tenía la mano izquierda libre, y machaqué la cara del fulano con todas mis fuerzas, sin que él desistiera de su táctica infantil de sujetarme por la corbata y seguir intentando acercar la navaja.

Al fin el dolor de los golpes le hizo apartarse, aunque no demasiado. Y eso resultó peor.

Lo tuve a la distancia ideal para el gancho de derecha y no desperdicié las fracciones de segundo que duró aquello. Con todas mis fuerzas le machaqué la mandíbula, alcanzándole de lleno. Oí un crujido de huesos y el pequeñajo se arrugó como si le hubiera

alcanzado un martillo pilón. Comprendí que estaba definitivamente fuera de combate.

Pero mis inquietudes aún no habían terminado. A pesar del golpe recibido antes, el gigantón volvió a ponerse en pie.

Me alcanzó desprevenido, y recibí de lleno un terrible impacto en la nuca. Como los efectos del primer golpe de cachiporra aún no se habían disipado del todo, la habitación empezó a dar vueltas en torno mío con una rapidez de vértigo. Comprendí que estaba listo.

Me habían alcanzado bien, y el que mis rodillas fallaran era cuestión de segundos. Vi al gigantón avanzar hacia mí con los puños preparados, y me produjo la sensación de que el fulano avanzaba envuelto en una nube, tan confusas veía yo las cosas en aquel momento.

Y entonces ocurrió algo que no esperaba.

Y tampoco lo esperaba el gigantón, desde luego. El muchísimo menos que yo.

Bruscamente una figura femenina apareció tras él, y con la cachiporra que antes había caído al suelo le golpeó ferozmente dos veces, en plena nuca. Los impactos en esa zona le dejan a uno tan aturdido como si le hubieran reventado el cráneo. Eso fue lo que le sucedió al gigantón de la chaqueta de cuero, porque puso los ojos en blanco y cayó hacia atrás como un pelele.

En aquel momento me fallaron a mí las rodillas.

No, no fue por los golpes recibidos. Fue por la chica.

Y doy mi palabra de que a cualquiera le hubiese ocurrido lo mismo.

La chica era alta, rubia y llenita. Yo tengo mucha manía a los alemanes, sobre todo después de lo que me hicieron de niño, pero con las alemanas resulta distinto.

Y si aquélla era la tal «*fraulein* Kitty», valía la pena dejar que le hiciese masaje a uno aunque fuera con una parrilla eléctrica.

No llevaba encima más que un corsé, medias y zapatos. Por lo visto estaba a medio arreglar, y sólo le faltaba ponerse el vestido encima. No me pude fijar mucho en ella, porque seguía mareado, pero sólo digo que si *fraulein* Kitty llega a salir así a un escenario, el público se come las butacas.

Ella me miró.

Por unos instantes pareció dudar entre atizarme o no, pero al fin

hizo un mohín con los labios y salió por donde había venido.

Unos instantes después, cuando yo había conseguido ponerme penosamente en pie, reaparecía.

Se había puesto una bata, y así perdía el cincuenta por ciento de su encanto. De todos modos garantizo que lo que quedaba aún valía la pena.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté—. ¿Por qué me han atacado ese par de gorilas?

Ella retrucó:

—¿Y usted quién es?

Hablábamos en alemán, lengua que domino con cierta perfección. El acento de la chica era suave, a pesar de que debía estar nerviosa.

—Me llamo Haley —expliqué—, y soy un periodista inglés criado en Francia. ¿A qué habían venido éstos?

—Estaban bebidos. ¿Es que no se ha dado cuenta de que hoy es domingo por la mañana, so memo? La gente se hincha de beber cerveza en Hamburgo los sábados por la noche. Luego, en cuanto amanece, algunos hombres empiezan a pensar cosas que no debieron pensar nunca. Ésos han subido a que les diera un masaje. Decían que era mi profesión y que estaba obligada a hacerlo. Pero yo sólo doy masaje a las señoras gordas, no a los hombres.

—¿Y por qué no les has echado escaleras abajo?

La tuteé inmediatamente, casi por instinto. La chica era una de esas mujeres que no se olvidan.

—¿Crees que podía? —murmuró.

Y señaló al gigantón. Evidentemente aquellos dos tipos eran demasiado para una mujer sola.

—¿Por qué me han atizado a mí?

—Como yo he gritado, debían creer que venías en mi ayuda. No sabían que a estas horas no están ni el modisto del primer piso ni el fotógrafo de la planta baja.

—¿Y ahora qué hacemos con éstos?

—Voy a llamar a la policía.

Giró sobre sus altos tacones y penetró en un despacho al que no me atreví a seguirla. La oí hablar con voz enérgica, y minutos después llegaban tres tipos fuertes como mastodontes, que pertenecían a la cercana estación de la «Polizei» de San Pauli.

Sacaron a empellones a mis dos semiinconscientes enemigos, y se los llevaron escaleras abajo. Antes de salir, uno de los policías nos miró a la chica y a mí.

—¿Es éste el hombre que la ha salvado? —preguntó.

—Sí.

—Entonces espero que se lo agradezca. Feliz mañana, amigo, y procure no correrle la pintura de los labios.

Me dejó de piedra.

No es que a mí me sepa mal el que las deudas se paguen, pero aquella clase de recompensa no me había atrevido a esperarla. De todos modos miré ladinamente a la chica por si caía aquella breva.

Por poco me cae un tortazo que me deja seco. Ella se había puesto inmediatamente a la defensiva.

—Si haces lo que el policía ha insinuado, te abro la cabeza con esa cachiporra.

—Yo creí que en los países civilizados se hacía lo que la policía mandaba, nena.

—Tú prueba.

No probé.

Aún me dolía la cabeza, y sólo me faltaban un par de «caricias» más para hacer del todo el ridículo ante aquella vikinga. No me atreví.

—Estoy de acuerdo en quedarme sin lo más importante —murmuré—. Pero al menos me darás un poco de licor, ¿no?

—Pasa.

El apartamiento constaba de tres piezas, aparte el vestíbulo donde se había desarrollado la lucha. Una era el dormitorio, donde la muy bruja no me invitó a entrar ni de lejos. Otra era una sala muy bien iluminada donde estaba la mesa de masaje, y la tercera una especie de *living* donde había algunas butacas y un mueble bar.

Ella me sirvió una buena ración de *whisky* puro, se sentó ante mí y cruzó las piernas, aunque teniendo buen cuidado de que no se le abriese la bata.

Todo un panorama.

—Dime a qué has venido —exigió.

—Busco a una mujer llamada Hilde.

—Era mi madre. ¿Por qué la buscas?

—¿Era?

—Sí. Murió.

—Bueno, pues... —me sentía un poco confundido ante aquella situación, aunque era una situación lógica—... La verdad es que lo siento.

—¿La conocías?

—Sí. La vi un par de veces cuando era un niño. Resultaba una mujer muy interesante, muy atractiva... Entonces ella trabajaba para la oficina de la Gestapo en París.

Ella no lo negó.

—Normalmente eso me hubiera asustado antes —dijo—, porque aún existía el peligro de que se la juzgase por colaboración con el nazismo. Pero ahora, ¿qué importancia tiene? Ella ya está muerta. Nada podéis hacer.

—No he venido a perseguir a tu madre. Ya te he dicho que sólo soy un periodista. Quería únicamente saber de ella.

—Pues murió, ya lo has oído. Y ahora termina el poco *whisky* que te queda y vete.

—¿Y tu padre? ¿Qué sabes de él?

—A mi padre no lo he conocido nunca.

—Lo comprendo.

—¿Por qué me miras así?

—Es que se da contigo una situación muy curiosa. Tú eres alemana, y sin embargo eres probablemente la hija de un héroe nacional de la Resistencia francesa, un tipo que se ganó cien medallas a título póstumo limpiando a su país de los esbirros que habían llegado desde el tuyo.

Ella no se ofendió. Me di cuenta de que ahora hay muchas cosas en el mundo que ya han perdido su significado. Supe leer en sus ojos que ella, como tantos otros miembros de la sociedad de hoy, era una mujer sin patria.

—¿Y qué? —musitó—. ¿Has venido a desenterrar eso?

—Es una noticia capaz de dar la vuelta al mundo.

—¿Me pagarán alguna pensión? ¿Me pasará el Estado francés una renta? —preguntó inesperadamente.

—¿Por qué?

—Porque estoy harta de vivir de este cochino oficio en una ciudad como Hamburgo. Porque ya me tienen frita tantas señoras gordas que se empeñan en perder tripa a los sesenta años de edad. Y

porque me revientan tantos maridos que me preguntan en voz baja si los masajes no los hago también en otro sitio.

La comprendí.

Comprendí su angustia de mujer sola y demasiado bonita, a la que no han enseñado otro oficio.

—Siento decírtelo, pero es probable que el Estado francés no te pase ninguna renta. De todos modos, moviendo ese asunto existe una posibilidad que no tendrás si no me ayudas.

—¿Qué quieres saber?

—Sólo si hay papeles de tu madre. Si hay algo que me ayude a reconstruir lo que fue la muerte de Roger Banton.

—¿Roger Banton es mi presunto padre?

—Sí.

—¿Francés?

—Ya te he dicho que peleó en la Resistencia. Vivió como un auténtico héroe, pero murió de una forma inexplicable y estúpida. Es precisamente su muerte lo que a todos nos ha parecido un misterio.

Ella se puso en pie, paseando nerviosamente. Quizá su madre le había explicado algo, y la conversación revivía viejos recuerdos en el corazón de la muchacha. No se dio cuenta de que, al caminar, se abría su bata como el telón de un teatro. La perspectiva era impresionante, pero sin embargo no me sentí tan atraído por ella como en otras circunstancias.

Era igual que si la lejana sombra del muerto flotara entre los dos. Como si el lejano magnetismo que había poseído Roger Banton influyera en nosotros.

—Aún no sé cómo te llamas —murmuré.

—Ya lo has visto ahí fuera: Kitty.

—Pensé que quizá empleabas una especie de nombre de trabajo, pero te llamabas de otro modo. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Tres años, desde que murió mi madre.

—¿Falleció en esta casa?

—Sí.

—¿De qué?

Esperaba una respuesta banal, una de esas respuestas rutinarias que se dan en esos casos. Cáncer, o pulmonía doble o un accidente

de tráfico... Verdaderamente no son muchas las cosas por las que muere una mujer hoy día, aunque se muera igualmente. Pero, en lugar de contestarme. La muchacha siguió paseando con nerviosismo, haciendo cada vez más perceptible la abertura de los pliegues de su bata.

—¿De qué murió? —repetí—. ¿De algo extraño?

—Oh, no. Por el contrario, murió de algo que en estos tiempos es muy normal los médicos dijeron que se le había paralizado el corazón.

Me miró. Vio mi repentina palidez.

—¿Qué te pasa?

—Nada, es que... Bueno, según parece Roger Banton también murió por la misma causa.

—Es natural, en gentes de vida agitada. Mi madre haría corrido muchas aventuras y sufrido mucho.

—Pues si consideras que su muerte fue normal, ¿por qué te has puesto antes tan nerviosa?

Ella vaciló.

Lo dudó mucho antes de hablar. Vaciló durante dos minutos exactos, que a mí me parecieron dos eternidades una detrás de otra.

—Me he puesto nerviosa ante el recuerdo de aquella garra —musitó—. Sólo por eso.

CAPÍTULO III

La garra...

Yo había tenido aquella idea espantosa metida en la cabeza meses y meses, mientras fui un niño. Los viejos compañeros de Roger Banton, los de la Resistencia, me hablaron de aquella extraña huella que no acertaban a explicarse. Luego se produjo la invasión de Normandía y aquellos hombres tuvieron cosas mucho más importantes en que pensar. Algunos fueron ejecutados, otros perecieron mientras realizaban misiones de sabotaje. Los supervivientes recibieron medallas y desfilaron como héroes el 14 de Julio, el Día de la Bastilla. Yo pasé de niño a adolescente, y de adolescente a joven en edad de abrirse camino. Como la vida es dura, no tuve tiempo de repasar los recuerdos. Lo que me habían dicho entonces acerca de la huella pasó a ser algo lejano y que casi había olvidado definitivamente.

Ahora Kitty me miraba con párpados temblorosos. Ahora la fabulosa rubia de las medias de nylon me hacía recordar algo que ya creí olvidado para siempre.

—¿Es que encontraste muerta a tu madre? —musité.

—Sí... —farfulló ella, con voz casi inaudible—. Fui yo misma quien la encontré.

—¿Dónde?

—En un observatorio.

—¿En un qué...?

El estremecimiento de mi cuerpo debió ser muy notable, porque ella me miró asustada.

—¿Qué ocurre, Haley?

—Nada... Dime dónde sucedió eso.

—En un apartamento del *boulevard* Hausmann, en París.

—Repíte eso.

—En un apartamento del *boulevard* Hausmann, en París. Mamá y yo habíamos ido allí a pasar unas breves vacaciones. Ella siempre decía que París guardaba sus mejores recuerdos, las únicas ilusiones limpias que tuvo en su vida. Y el segundo día de estar allí fuimos a visitar un cierto apartamento del *boulevard* Hausmann. Era un lugar compuesto de dos habitaciones, una de las cuales, que era la más alta del edificio, estaba ocupada por un observatorio de aficionado. Es decir, existía una cúpula, la cual se abría, y bajo ella actuaba un telescopio de regulares dimensiones, con el cual se podía hacer, supongo, interesantes exploraciones de los astros. Ningún profesional hubiera considerado aquel telescopio como excelente, pero en cambio debía colmar las ambiciones de un aficionado. Eso es lo que yo supuse, al menos —añadió nerviosamente.

Yo estaba anonadado.

Resultaba que Hilde había muerto en el mismo sitio que Roger Banton. ¡Y resultaba también que había muerto por las mismas inexplicables causas!

—Pero intentemos recapitular —murmuré—. ¿No me has dicho que tu madre murió en esta casa?

Kitty se llevó un momento las manos a las sienes.

—¡Dios santo, eso es lo que he dicho a todas las personas que no conocen la historia de Hilde! ¿Para qué voy a embrollar las cosas? Sólo a ti te he dicho la verdad, y sólo a ti te confieso que nunca comprendí bien lo de aquella muerte. Ella terminó sus días en París de la forma más inexplicable. Me dijo que quería estar a solas en aquella habitación y que volviese a buscarla una hora más tarde. Cuando regresé, aproximadamente noventa minutos después... estaba muerta. El médico certificó que había muerto a causa de un síncope.

—¿Qué reflejaba su cara?

—No lo sé... Yo diría que reflejaba miedo. Pero el médico me explicó que muchos cardíacos que ven acercarse la hora de su muerte fallecen con ese rostro. Se dan cuenta de que van a morir, y eso produce en sus facciones la expresión de miedo.

—¿A quién pertenecía aquel apartamento?

—Luego lo supe. A un millonario llamado *monsieur* Martin. Es aficionado a la astronomía, y sólo lo tiene para observaciones de

vez en cuando, en las noches muy claras. Él vive normalmente en una lujosa villa muy cercana al bosque de Bolonia.

—¿Cómo entró tu madre allí?

—Tenía una llave.

Yo terminé de un trago la fuerte cantidad de *whisky* que aún quedaba en mi vaso. Todo aquello me producía una intensa sensación de caos, pero sin embargo no me parecía extraño que Hilde hubiese querido visitar aquel apartamento de París. Sin duda se habría entrevistado en él muchas veces con Roger Banton, cuando Roger vivía, y ella aún conservaba la llave. Tampoco resultaba extraño que la cerradura, si era buena, no hubiera sido cambiada en todos aquellos años.

Pero la parte fundamental del misterio seguía en pie. ¿Por qué habían muerto ambos en un observatorio de aficionado? ¿Y por qué los dos de la misma inexplicable manera?

—¿Dé qué vivía últimamente tu madre? —susurré.

—Daba masajes. Era experta en eso, y fue ella la que me enseñó el oficio. No nos defendíamos mal.

—¿Manifestó alguna vez deseos de ir a París, antes de que ocurriera lo de su muerte?

—No, y eso fue lo más extraño. De pronto pareció como si hubiera sentido una inspiración. Como si alguien, desde lo más alto del cielo o lo más profundo del infierno, le hubiese dicho lo que tenía que hacer. De repente dijo: «Hemos de ir a París», y al día siguiente ya cancelaba sus compromisos, llevaba a repasar nuestro «Volkswagen» y emprendíamos el viaje. Nunca me he explicado del todo por qué motivo tomó aquella decisión tan súbita.

—¿Cómo era la vida sentimental de tu madre? Ella era mujer joven cuando te tuvo a ti, y por consiguiente aún debía ser una mujer hermosa en el momento de su muerte. ¿Qué tenía? ¿Cuarenta y un años? ¿Cuarenta y dos? ¿Había hombres en torno suyo?

Kitty se retorció los dedos nerviosamente, mientras volvía a pasear de un lado a otro de la habitación. Tuve la sensación de que aquellos recuerdos le hacían vivir un momento de especial angustia. Y aquella angustia se transmitía a mí de tal forma que ya ni siquiera miraba sus piernas. Al fin Kitty murmuró:

—Siempre hay hombres en torno a dos mujeres solas, en especial si no son feas. Pero son de esa clase de hombres que

merecerían estar encerrados en una jaula. El hecho de ser madre e hija movía el instinto morboso de algunos, y se nos hicieron proposiciones que no me atrevo ni a recordar. Delante de esta casa se detenían a veces coches que mareaban, y de ellos descendían individuos peores que tigres. Pero mi madre siempre los tuvo a raya, y más de uno rodó escaleras abajo antes de terminar de hablar. —Inhaló aire con angustia, como si aquellos recuerdos la alterasen profundamente—. Sin embargo no fue ésa la causa de su muerte; la clase de hombres de que te hablo ensucian, pero nunca matan. Ninguno de ellos nos odiaba a mi madre y a mí. Además, lo que te explico ocurría aquí, en Hamburgo, mientras que su muerte tuvo lugar en París.

Yo me serví otro chorro de *whisky*. Hasta aquel momento no me había atrevido a abordar la parte decisiva del tema, pero lo hice al fin. Y lo hice de repente.

—Háblame de la huella —exigí.

Kitty se sobresaltó.

—La huella —dijo en voz muy baja tras una breve vacilación—, estaba sobre la alfombra. Fue lo primero que yo vi, incluso antes de ver el cadáver de mi madre. Era como si un enorme pie húmedo se hubiera posado sobre aquella alfombra. Bueno... no era un pie, sino una garra. Tenía siete u ocho dedos largos como zarpas; uno de los policías dijo que era como si un dinosaurio hubiera pasado por allí, con la diferencia de que los dinosaurios tienen cuatro patas, no una. Otro policía afirmó que era como si un ser de otro planeta hubiera entrado por unos momentos en la habitación. Pero la muerte de mi madre se certificó como natural, y por consiguiente los policías no pudieron iniciar ninguna investigación. Yo tampoco lo pedí. Estaba tan aturdida que...

Hizo un gesto de cansancio, de aplazamiento total. Durante unos segundos su maravillosa juventud pareció difuminarse, desaparecer. Dio la sensación de haberse transformado en una vieja.

—... Estaba tan aturdida que decidí olvidar pronto aquello —musitó—. Había cosas extrañas en la muerte de mi madre, y yo las notaba, pero me dije que debían ser imaginaciones mías. Pronto las necesidades de cada día me hicieron olvidar aquella tragedia. Si hoy no hubieses venido tú, creo que tal vez hubiera podido olvidarla para siempre.

Yo reflexioné durante unos instantes. Bebí otro sorbo de *whisky* y llegué a una decisión.

Estaba seguro de que ella me diría que no, pero se lo pregunté:

—¿Quieres venir conmigo a París, Kitty? ¿Quieres que visitemos el lugar donde murió tu madre?

Ella se dejó caer en una de las butacas, con cansancio, sin preocuparse de su bata.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando dijo:

—¿Por qué no? Siempre he deseado volver a París. La muerte de mi madre me amargó aquel viaje.

Quedamos en que cancelaría mi cuenta del hotel, prepararía el automóvil y vendría a recogerla aquella misma noche.

CAPÍTULO IV

Fue a partir de aquel momento cuando mi vida empezó a transformarse en una extraña, en una alucinante e incomprensible pesadilla.

Después de hablar con Kitty tomé mi «Porsche» muy rápido, pero también muy usado, comprado de segunda mano, y fui a una estación de servicio para que lo engrasaran y cambiaran el aceite del cárter. A continuación aproveché mi estancia en Hamburgo para hacer dos reportajes secundarios que ya tenía proyectados desde tiempo atrás. Uno de ellos me dio bastante trabajo, y entre una cosa y otra se hicieron las seis de la tarde.

Ya era hora de ir a buscar a Kitty.

La Reeperbahn estaba empezando a animarse cuando dejé mi automóvil a poca distancia de la casa de Kitty y me encaminé hacia el portal. Las luces de los *cabarets* ya estaban encendidas; los guiños del neón proclamaban las secretas excelencias de tal o cual *strip-tease*; todo el ambiente que ha dado fama a una de las ciudades más corruptas del mundo se desarrollaban ante mis ojos como en una película en technicolor que yo no hubiera deseado ver.

Subí hasta el piso donde vivía Kitty y llamé a la puerta.

Kitty no me respondió.

Más allá de la hoja de madera imperaba ese silencio denso, sepulcral y cargado de tensión que, sin que uno adivine las causas, eriza suavemente los cabellos de la nuca.

Volví a pulsar el timbre. Nadie respondió.

Si yo hubiese tenido una ganzúa habría intentado forzar la cerradura, pero no la tenía. De modo que no me quedó más remedio que subir al terrado e intentar ver desde allí por qué ventana podría descolgarme.

En eso tuve suerte. Desde mi posición pude distinguir una ventana del cuarto de baño, la cual estaba abierta. Podía descolgarme hasta ella, siempre a riesgo de romperme la crisma, pero ése era un peligro que necesitaba correr.

Nadie me veía. Saqué todo el cuerpo al exterior, me colgué de los brazos y busqué con los pies el alféizar de la ventana.

Cuando lo hube conseguido, bajé la mano derecha hasta sujetarme a la parte superior de la misma ventana. Mi posición era muy difícil, y en aquel momento sudaba copiosamente, a pesar de que el tiempo resultaba frío.

Bajé luego la izquierda, me sujeté fuertemente y, tras una flexión de cintura, penetré por el pequeño hueco.

Sí, en efecto era un cuarto de baño. La luz, una barroca pantalla de curiosas formas, estaba encendida.

Y Kitty se encontraba dentro.

Muerta.

Ya sé que en muchas películas se ha «gastado» ya la situación de la persona muerta en la bañera, y que esa situación impresiona hoy a muy poca gente, pero lamento en este caso no poder ser más original. Porque Kitty estaba, efectivamente, muerta en la bañera. Sobre ella caía el agua de la ducha, la cual le había producido una profunda quemadura en el vientre, quemadura que, por lo visto, Kitty no había sentido ya.

Me estremecí.

Todo mi cuerpo se puso tenso, como un arco a punto de dispararse, y sé que si en aquel momento hubiese aparecido en la puerta el mismísimo monstruo de Frankenstein, yo habrían saltado sobre él sin vacilar. Mi propia sensación de horror me daba insospechada fuerza.

Pero no apareció nadie.

En la casa solamente se oía el ruido del agua de la ducha, que producía como un chapoteo siniestro al caer sobre la piel desnuda de Kitty.

La miré.

La muchacha no llevaba encima ropa alguna, lo cual indicaba que se disponía a darse un baño cuando le sobrevino la muerte. No presentaba la menor señal de violencia; ni un golpe, ni una moradura. Sólo lo que el agua hirviendo había hecho al caer con

insistencia sobre su vientre.

Dejé que aquel agua cayera unos instantes sobre mis dedos, y me di cuenta de que seguía estando muy caliente aún. La reconstrucción del hecho, desde el punto de vista de un policía, iba a ser sencilla.

Kitty se dispuso a darse un baño antes de partir de viaje, cosa muy natural. Pero el agua despedida por el termo de la ducha estaba caliente en exceso. Hay personas cardíacas que no pueden resistir un impacto de esa clase. Me acordé en aquel momento de la actriz María Montes y de alguna más muerta en circunstancias parecidas. Kitty sufrió un síncope y cayó sobre la bañera, quedando tendida en ella. El agua siguió derramándose y le produjo aquella intensa quemadura en el vientre. Claro que ella ya no debió sentirla, y por eso su rostro no reflejaba dolor. Más bien había en él asombro y miedo, cosa que desde el punto de vista médico era también perfectamente explicable.

Eso era lo que diría un policía.

Yo, sin embargo, no me atrevía a decir lo mismo. Yo pensaba mil cosas, a cual más disparatada, mientras mi rostro iba adquiriendo poco a poco un color más pálido que el de la propia Kitty.

Bajé la vista hasta el suelo, y entonces sufrí un espasmo.

Estaba allí.

La señal de la zarpa, aquella extraña huella de un ser que no era como nosotros, que no pertenecía a nuestro endiablado planeta.

Sintiendo que el frío me recorría hasta la médula, me incliné y examiné aquella huella.

Era bien leve, en realidad, y sin duda poco después se extinguiría.

Simplemente alguien había apoyado la zarpa sobre las gotas de agua que impregnaban el suelo, y luego había dejado la señal sobre las baldosas limpias. La huella era apenas una mancha que sólo se distinguía gracias a la intensa luz.

La miré.

Ocho dedos. Ocho dedos enormes que desde cualquier ángulo debían dar la sensación de una horrible zarpa.

Y un solo pie.

¿Qué ser de nuestro mundo podía avanzar así? ¿Qué extraño

animal de aquellas características había existido alguna vez? ¿Cuál existía aún?

No... Lo que yo pensaba era absurdo.

Un animal antediluviano, capaz de matar, no podía, suponiendo que existiese, pasear por las calles de Hamburgo y subir a un piso. No hubiera podido pasearse tampoco por el centro de París. Tampoco un ser humano podría de ningún modo a menos que...

Un cojo.

¿Pero un cojo que en lugar de pie tenía una zarpa?

Los pensamientos se atropellaban en mi cráneo, produciéndome una sensación de angustia y de vértigo que no podía soportar ya más. Tuve la impresión de que yo caería también bajo el agua hirviendo, y me horrorizó la idea.

Vacilando, sintiendo que todo daba vueltas en torno mío, avancé hacia el teléfono para llamar a la policía.

CAPÍTULO V

Mesmer estaba ante su mesa, fumando nerviosamente. No parecía sentirse demasiado a gusto. Si es verdad eso de que el dinero no da la felicidad, Mesmer podía ser un buen ejemplo de ello.

Me miró a través del humo azul de su cigarrillo, y farfulló:

—¿De modo que la policía alemana le tuvo tres días detenido, eh? Todo un éxito, vaya.

—Ya comprendo que he fracasado, Mesmer. Por eso mismo he venido a presentarle mis excusas —dije suavemente—. No soy capaz de continuar con ese trabajo, y le ruego que lo encargue a otro... si es que hay alguien a quien le guste meterse en esa especie de pesadilla.

Llamaron con los nudillos a la puerta, ésta se abrió y entró la holandesa llenita, la secretaria con buenas piernas, con buena delantera y con todo eso. Pero juro que no me fijé en ella. Juro que en ese momento me parecía que no iba a volver a mirar a una mujer nunca más.

La holandesa se retiró, después de dirigirme una larga mirada. Debí pensar que a los hombres no hay quien los entienda, y seguro que tenía en eso su parte de razón.

Mesmer recapituló, mientras ordenaba los papeles que su secretaria había dejado sobre la mesa:

—De modo que encontró a Kitty muerta en la bañera, ¿eh, Haley? Y de modo que no se le ocurrió nada mejor que llamar a la policía.

—¿Qué quería que hiciera, diablos? ¿Traerme el cadáver a París en el coche, y declararlo en la frontera como carne en conserva?

—Mire, Haley, dice un buen tratado de Criminología, uno de los

más antiguos que existen, que para que haya un buen crimen hace falta algo más que dos zoquetes, uno que mate y otro que muera. Yo añadiría que si además es un zoquete el que investiga, la cosa se estropea indefectiblemente. ¿No vio allí nada que le permitiera hacer sus deducciones particulares? ¿Nada le llamó la atención?

—La huella, ya se lo he dicho.

—¿Comprobó al menos sus medidas?

—¿Para qué había de comprobarlas?

—Para saber si al menos coincidían con las de algún animal conocido, infiernos.

Me llevé una mano a los ojos para disimular la pesadumbre que había aparecido en éstos.

Mesmer tenía razón. Él, en su juventud, había sido un gran repórter internacional, y tenía un olfato especial para saber sacar el jugo a las noticias sensacionales. Pero un buen reportero debe ser también un buen técnico y una medida bien tomada debe ser para él tan importante como una foto de primera clase. Yo nunca pasaría de ser un discreto aficionado, ésa es la verdad. Había tenido en mis manos el reportaje más sensacional de los últimos años y me había puesto nervioso, dejándolo perder como un colegial. Lo máximo que se me había ocurrido había sido llamar a la policía, como en mi lugar hubiera hecho cualquier muchacha de servicio.

—Y encima le tuvieron encerrado tres días —masculló Mesmer, como si adivinara mis pensamientos.

—Hasta que se descubrió que yo era inocente —dije con voz lóbrega.

—¿Y ahora qué va a hacer? ¿Abandona?

—Todo esto es superior a mis fuerzas, Mesmer. Encárgueselo a otro.

—¡Mil rayos! ¿Y cómo voy a hacerlo? ¿Qué persona de las que hoy viven llegó a tratar a Roger Banton y a sus extrañas enamoradas de la Gestapo? Sí, ya sé, hay antiguos miembros de la Resistencia por ahí, pero no puedo perder el tiempo convocándolos por medio de anuncios en los periódicos. Muchos ya son viejos, y otros no sabrán escribir dos líneas seguidas. Usted, en cambio, sí que sabe, Haley... cuando quiere. Por eso le voy a dar una última oportunidad para que siga con el asunto.

Hundí la cabeza.

La verdad era que comprendía que Mesmer tenía razón, y en este momento me sentía un poco avergonzado de mí mismo. En lugar de perseguir aquel reportaje sensacional no había hecho más que asustarme, ésa era la pura verdad.

—Las que se enamoraron de Roger Banton eran dos —recapituló Mesmer—. Una, Hilde, ya ha muerto, al igual que su hija Kitty. ¿Y la otra? ¿Cómo infiernos dijo que se llamaba la otra?

—Anna.

—Muy bien. Dé con su pista.

—¿Su pista para qué?

—¿Necesito decírselo? En primer lugar porque, esa mujer es noticia, y en segundo lugar porque si Kitty ha muerto es probable que Anna también corra peligro de morir del mismo modo. Búsquela y de con ella. Quizá así salve una vida humana.

Las palabras de Mesmer me convencieron, lo reconozco.

No había hecho nada meritorio hasta entonces, y se me ofrecía una oportunidad para rectificar. Quizá encontrando a Anna lograría salvarle la vida. Al fin y al cabo, Anna, al igual que Hilde, habían contribuido a salvar mi piel cuando yo no era más que un niño.

Dije que sí, que lo haría, y salí del despacho.

Estaba tan preocupado que ni siquiera me fijé en la holandesa cuando ésta se quejó de que las medias modernas eran un asco y de que se formaban unas carreras sensacionales, según ella misma estaba comprobando bien a la vista del público, que en este caso era yo.

La holandesa, que había estudiado en la Berlitz, me llamó imbécil en cuatro o cinco idiomas y cerró la puerta de un puntapié apenas yo hube salido.

Me detuve en la calle, abrumado, contemplando el intenso tráfico de aquella parte de París.

No tenía más remedio que buscar a un fantasma, pues todos los antiguos colaboradores de la Gestapo lo eran en cierto modo.

Durante dos días estuve recorriendo incansablemente los viejos cafés donde se reunían los antiguos miembros de la Resistencia para recordar los buenos (o malos) tiempos. Pregunté a todo el mundo, pero sin resultado alguno. El único que recordaba a Anna era un tipo bizco quien me dijo que era una lástima que hubieran transcurrido los años, porque en aquel tiempo Anna era una chica

sensacional.

Y guiñó el único ojo que le quedaba.

Luego tuve que ir a los archivos y darme vueltas por las redacciones de los periódicos, a ver si alguien recordaba algo. Por fin encontré a un tipo medio lisiado que era reportero de sucesos, y que veinte años atrás fue prisionero de la Gestapo, lo cual no le impidió enamorarse de Anna como un chiquillo.

—Luego le seguí la pista —dijo—, porque supe que si la encontraban la fusilarían, y yo me había empeñado en salvarle la vida. Se fugó a Suiza y allí, en Interlaken, se casó con un empleado de hotel que la dejó viuda al poco tiempo, el muy imbécil, precisamente cuando Anna estaba en su mejor época. Eso es todo lo que sé.

No me quedaba más remedio que volver a viajar.

Fui a Interlaken.

Explicaré al amable lector que no conozca esa pequeña ciudad suiza que es un lugar ideal para rascarse la tripa sin hacer nada, mirar las montañas, comprar *souvenirs*, largar algún pellizco a una camarera, huir antes del subsiguiente silletazo y quedarse sin blanca tres meses antes de lo que uno pensaba.

Pero, fuera de esto, Interlaken es precioso, y yo pensé que debía sentirme feliz por encontrarme en un lugar así.

Localicé el sitio donde había vivido el marido de Anna, un hotel más bien modesto llamado Flaschehaus y pregunté por su viuda. El dueño me dijo que la viuda era lo único bueno que había tenido su hotel en aquella época.

—Era sensacional —dijo—. Lástima que, cuando su marido la diñó, a ella le faltaban sólo cinco meses para tener una hija.

—¿La tuvo aquí?

—No; dio a luz en Zúrich, pero fui a verla. Estaba bastante necesitada, y le llevé ropas y algún dinero. No tuvo suerte, porque la niña le salió con una enfermedad en la espina dorsal.

—¿Así tuvo una niña, igual que Hilde?

—¿Quién es Hilde?

—No, nada... Yo me entiendo. ¿Y en qué consistía esa enfermedad en la espina dorsal?

—Una desgracia, créame, una desgracia... La niña no podía mover las piernas. Los médicos aseguraron que tendría que pasarse

la vida en una silla de ruedas.

—¿Las vio después?

—No. Cuando salieron del hospital de Zúrich ya no volví a verlas.

—¿Y nunca ha vuelto a saber nada?

—Sí, una vez... Dos o tres años más tarde, aproximadamente, Anna me escribió. Me dijo que había mejorado de posición, porque hacía traducciones para una editorial, y que vivía en París.

—Justamente en París...

—¿Por qué le extraña?

—Por nada... A veces me dejo llevar por ideas que no tienen sentido. Siga, se lo ruego.

—Me dijo que los médicos habían considerado incurable a su hija, y que pensaba llevarla a Lourdes a ver si se producía el milagro.

—¿Sabe si lo hizo?

—No, ya no supe más.

Di las gracias a aquel tipo y salí de Interlaken inmediatamente. Desde allí pensaba dirigirme a Lourdes, aunque antes tenía que pedir permiso a Mesmer por si me autorizaba los nuevos gastos.

Me los autorizó.

Después de dos días de rodar a buena velocidad por las excelentes carreteras francesas, llegué a Lourdes. Lourdes es una ciudad que recomiendo a aquellos que hayan perdido la fe, e incluso a aquellos que la conservan, pero que se quejan de las pequeñas molestias de la vida cotidiana y dicen a cada dos por tres que son unos desdichados y que Dios ya no se acuerda de ellos.

Allí se aprende que un ser humano que se levante cada mañana y pueda hacer funcionar normalmente sus piernas, sus brazos y sus ojos, debiera entonar por ése solo hecho un himno de gracias. Allí se aprende que hay miles y miles de desgraciados que carecen de esos bienes tan elementales a los que no damos ni importancia, como son poder andar, poder mirar un paisaje, poder llamar a un amigo y hasta lanzar una pedrada a un enemigo. Allí se aprenden mil cosas que la mayor parte de los seres humanos no hemos aprendido jamás.

Pero yo no iba a Lourdes por eso. Yo iba siguiendo las huellas de un ser que no sabía si pertenecía a este planeta.

Lo primero que hice, antes de buscar hotel, fue mirar en los registros de curaciones. Todos los posibles casos milagrosos —en cuya determinación la Iglesia es muy meticulosa y prudente— se anotan en unos registros. Si la hija de Anna se había curado estaría allí, pero no encontré absolutamente nada.

Claro, tenía que ser así.

¡Habían transcurrido tantos años!

Desalentado, volví a la ciudad, busqué un hotel —entre los muchísimos que hay— y me tumbé en la cama a descansar del pesadísimo viaje. Luego, ya por la noche, salí a dar una vuelta y regresé, más cansado y derrotado que nunca.

No podía sospechar, claro, que en mi insignificante habitación de hotel me aguardaba una buena sorpresa.

CAPÍTULO VI

Al principio no la vi.

Mi habitación era grande y tenía una terraza que daba a la calle. La puerta de esa terraza estaba abierta, y por ella penetraba la luz cambiante de los anuncios eléctricos, de los faros de los coches, de los otros hoteles que había al lado opuesto de la calle. Lourdes no es una ciudad tan tranquila como Interlaken, pese a su solemne religiosidad, y por eso yo tenía una cierta sensación de luz y de bullicio cuando entré en mi cuarto. Tal fue la causa, quizá, de que no encendiera la lámpara. A oscuras desabroché la americana, con un gesto de cansancio, y a oscuras fui a tenderme en la cama.

Fue entonces cuando la vi.

Al principio me pareció una aparición tan fantasmal, tan de fuera de este mundo que confieso que una sensación helada me recorrió la espalda.

A cualquiera le hubiese ocurrido lo mismo, seguro.

Aquella figura quieta en la silla, y sin embargo erguida, tan solemne como una muerta, hacía pensar en esas cosas diabólicas que uno nunca quisiera pensar de noche.

Su voz, sin embargo, me tranquilizó. Bueno, me tranquilizó un poco.

—Puede encender la luz si quiere, señor Haley. Le aseguro que no soy un fantasma y no desapareceré.

Busqué el conmutador de la pantalla y lo accioné.

El resplandor se extendió por sobre unas rodillas bien torneadas, ceñidas por oscuras medias, y por el borde de una delgada falda que se ajustaba mucho a las formas del cuerpo. Más arriba estaba un busto juvenil, unos labios intensamente rojos y unos ojos tan azules, limpios y claros como no los había visto en mi vida. La mujer era

rubia, de un rubio muy pálido, y tenía al menos dos docenas de virtudes como las que acabo de enumerar. Su único defecto consistía en estar sentada sobre una silla de ruedas.

Me quedé con la boca seca.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —Fue todo lo que se me ocurrió preguntaren el primer momento.

—¿Cómo? De la manera más sencilla. No olvide que los ascensores son grandes y permiten la entrada de inválidos. Aquí todos los hoteles están preparados para eso.

—¿Quién es usted? ¿Cómo conoce mi nombre?

—Pregunta usted como una ametralladora, señor Haley. ¿No puede tener un poco de paciencia? Yo le explicaré todo lo que quiera, pero antes míreme.

Adelantó un poco la silla, con una leve presión sobre las ruedas, para que yo pudiese verla mejor. Y ahora ha llegado el momento de repetir que era una mujer impresionante. Había para pedirla en matrimonio, con silla y todo.

—Una pena, ¿verdad? —dijo ella—. Una lástima de mujer.

—Caray, tanto como una lástima...

—Ahora que se ha convencido bien de que no soy peligrosa contestaré a todas sus preguntas, señor Haley. Y en primer lugar le diré que su nombre me ha sido muy fácil de averiguar.

—¿Por qué?

—Nuestro mundo parece muy grande, pero es muy pequeño. Todo se sabe en los círculos de la Resistencia y en los de los antiguos combatientes nazis, y usted se ha hartado de preguntar por ahí y de seguir la pista de mi madre. No le extrañe que alguien me haya hablado de eso.

Apreté los labios, comprendiendo lo poco que me faltaba por comprender. De modo que aquélla era la hija de Anna... Una hija como para quitar el hipo, desde luego. Debía ser tan hermosa, al menos, como lo fue la madre.

Pero inmediatamente me acordé de la muerte de Kitty, y mis ideas felices desaparecieron.

¿Estaría ella destinada a que le ocurriera lo mismo?

—¿Cómo te llamas? —pregunté, tuteándola. Ella había comenzado a hablarme en francés, y yo seguí en el mismo idioma.

—Ingrid.

—Precioso nombre... ¿Y has venido a Lourdes solo para encontrarme a mí?

—Oh, no... Desde que era niña, yo vengo aquí todos los años y paso unos meses en la ciudad.

—¿Buscas el milagro?

—El milagro no tiene derecho a buscarlo nadie, pero yo vengo a Lourdes porque este clima me sienta bien. Desde París me han advertido que tú te dirigías precisamente a esta ciudad. Y ahora soy yo la que pasa a preguntar. ¿Para qué has venido?

—Necesito encontrar a tu madre.

—¿Para qué?

Comprendí que era mejor decirle la verdad, o al menos una verdad aproximada. Por ello expuse a grandes rasgos el modo como yo había conocido a Roger Banton, el trabajo que me había encargado Mesmer, el conocimiento que Kitty y yo habíamos hecho en Hamburgo y el trágico fin de la muchacha. No le omití que tenía miedo de que a su madre, a Anna, le ocurriera lo mismo.

Creí que mi relato la habría impresionado, pero tuve una gran sorpresa al ver que su rostro seguía inalterable y frío.

—Ahora comprendo tu nerviosismo —dijo simplemente.

—¿Dónde está Anna, tu madre? ¿Vive?

—Sí.

—¿Dónde?

—Actualmente trabaja en París. Hace traducciones para una editorial, pero viene a verme con mucha frecuencia.

—Eso coincide con lo que me dijeron. Que vivía en París. Aunque creí que ya estaba lejos. ¿Y no tiene miedo de ser perseguida?

—Ella no hizo nada malo, aparte pertenecer a la Gestapo. Al contrario, ayudó a mucha gente que a su vez está dispuesta a ayudarla ahora. Además, ha pasado ya una montaña de años.

—Cierto —susurré—. Una montaña de años. Uno no se da cuenta del paso del tiempo, y de pronto recuerda que cuando la invasión de Normandía era un niño, mientras que ahora... En fin, Ingrid, tengo un interés enorme en hablar con tu madre. Después de lo sucedido lo comprenderás.

—Mi madre vendrá dentro de muy pocos días, dos o tres a lo sumo. No vale la pena que te desplaces a París sólo para verla.

—¿Es seguro que vendrá?

—Seguro.

Ahora que, de un modo tan inesperado, las cosas parecían ir bien encarriladas, me sentía acometido por una impaciencia atroz.

—¿Y en qué parte de París vive Anna? —pregunté, por si al fin decidía ir yo a verla.

—En el *boulevard* Hausmann.

—¿CÓ... cómo?

Mi asombro había subido hasta más arriba de mi cabeza. ¿Era posible que ella viviera aún en el sitio donde fue asesinado Roger Banton? ¿Era posible que...?

Ella pareció adivinar mis alocados pensamientos cuando dijo con voz espantosamente lenta:

—Sí, vive en el mismo sitio. Y de vez en cuando ve a Roger Banton, porque debes saber que Roger Banton aún visita nuestro mundo.

CAPÍTULO VII

Decir que quedé sin habla sería decir poco. En aquel momento tuve la sensación de que la habitación del Hotel empezaba a dar vueltas en torno mío, cada vez más rápidamente.

Tenía delante mío una mirada que no era normal, una mirada que no reflejaba emoción alguna, que parecía la de una muñeca de cera. Incluso durante unos instantes me pareció increíble que la muchacha hubiera podido pronunciar aquellas palabras. Luego susurré:

—¿Qué quieres decir? ¿Que Roger Banton no murió realmente o es que ha vuelto?

Ella fue a contestarme, e incluso llegó a mover los Sabios, pero no pudo continuar.

Porque en aquel instante se abrió la puerta.

Yo estaba de espaldas a ella, y como se abrió tan violentamente hice un papel muy poco airoso. Vamos, que quedé en ridículo completamente, para que nos entendamos todos. La puerta, al abrirse tan violentamente, me dio en la nuca y salí proyectado hacia adelante, cayendo casi encima de la muchacha. Logré recuperar el equilibrio antes de caer del todo, e incluso me volví hacia la puerta, pero fue para encontrarme encañonado por un revólver calibre 45.

El tipo que lo empuñaba cerró silenciosamente, no sin antes permitir que pasara el compañero que iba tras él.

Los dos tipos nos miraron durante unos segundos que a mí me parecieron eternos. Yo había llevado mi derecha a la funda sobaquera, donde estaba la «Magnum», pero ahora me quedé estúpidamente quieto, mirando a los dos aparecidos.

El que me amenazaba con el revólver hizo una seña a su

compañero, y éste avanzó hacia mí con la confianza que le daba el saber que el otro le cubría. Tiró de mi mano, me desabrochó la americana y extrajo la «Magnum» con dos dedos, como si le diera asco.

—Guárdala tú, Hans.

Los dos tipos hablaban en alemán, y a juzgar por acento eran alemanes auténticos, de eso no me cupo menor duda.

Me dediqué a mirarlos con atención, ya que por momento no podía hacer otra cosa.

Por su edad, los dos eran tipos de los que habían luchado en la última guerra; debían contar unos cuarenta y dos años. Tenían aún el porte marcial de los que han estado acostumbrados a mandar. Sólo les faltaba un uniforme de cuello alto, una Cruz de Hierro y unos guantes para parecer unos prusianos de esos que de vez en cuando vemos en las películas.

Claro que ahora no llevaban nada de eso, pero iban vestidos con ropas de calidad. Su mirada glacial no reflejaba ningún sentimiento.

—Tú eres Haley —dijo el del revólver del 45.

—Sí. ¿Y qué?

—Tú eres un estorbo. Tú y esa perra que no mereció haber nacido. La chica.

Semejantes palabras dirigidas a una pobre muchacha a la que la desgracia había perseguido, hicieron que mi piel se volviera de color rojo. No soy ningún héroe, pero en ese momento, curiosamente, no me importó morir. El tipo del revólver debió advertir lo que se estaba cocinando en mi interior, porque me avisó:

—Ojo con intentar nada.

—¿Qué vais a hacer con nosotros?

—Por el momento nada. Saldréis tranquilamente los dos hacia el ascensor y con él llegaréis hasta la calle. Le empujarás la silla.

—¿Y luego?

—Hay un coche abajo que os espera.

—La silla no podrá entrar.

—Eso es lo de menos. Ya llevaremos en brazos a la chica.

Las frases de aquel hombre eran tajantes y brutales, comprendí que no me quedaba más remedio que obedecer.

Pero decidí esperar mi oportunidad, sabiendo que ésta debía presentarse antes de que subiéramos al coche. Una vez en él, ya

sería demasiado tarde.

Me acerqué a la silla, dispuesto a empujarla.

A mí me hubiera resultado muy difícil huir de dos tipos, uno de los cuales me amenazaba con un 45, pero ¿cómo hacerlo teniendo que salvar a una inválida?

Realmente los tipos quizá habían tenido en cuenta desde el principio aquel detalle, y en ese aspecto me habían cazado bien. Teóricamente, yo no tenía salida.

Pero todos mis músculos estaban en tensión cuando uno de ellos abrió la puerta.

—Hala, fuera.

Por el pasillo no circulaba nadie. El tipo del revólver, de todos modos, lo tuvo que ocultar por si de pronto se abría alguna puerta. Nos acercamos al ascensor, y el llamado Hans, el que tenía mi pistola, pulsó el timbre de llamada.

Se oyó un zumbido.

Estábamos en el segundo piso, y el ascensor apenas tardaría algunos instantes en llegar hasta allí.

Se detuvo al alcanzar nuestro rellano. Hans abrió la puerta y me miró con sonrisa ladina.

—Éntrala con cuidado. Me sabría mal que a la señorita, que ya tiene rotas las piernas, se le rompiera algo más.

Su maldita ironía me sacó de quicio. Fue en ese momento, a pesar de que nada me era favorable, cuando decidí actuar.

Empujé suavemente la silla hasta colocarla en el centro exacto del ascensor.

Fingí que iba a entrar yo.

¡Y de un puntapié cerré la puerta!

Ingrid ya sabía lo que tenía que hacer. Le bastaría con pulsar un botón para llegar a la planta baja, donde obtendría auxilio en cuestión de segundos.

Los dos fulanos, como buenos alemanes, tardaron en reaccionar, cosa que yo ya esperaba. No eran rápidos de reflejos. Me dieron las décimas de segundo que necesitaba no sólo para empujar la puerta, sino para volverme hacia ellos.

El más peligroso era el del revólver, y le propiné un puntapié al bajo vientre que lo hizo revolcarse sin tiempo para sacar el arma.

El otro desenfundó un estilete. Fue a clavármelo y le sujeté

violentamente el brazo.

Mi intención era rompérselo, pero antes de que hubiera podido empezar a apretar verdaderamente, sentí un terrible golpe en el cráneo, todo se volvió rojo de repente, y en cuestión de segundos el mundo entero dejó de existir para mí.

CAPÍTULO VIII

Luego supe que el tipo que me había golpeado era mi primer enemigo, el fulano al que había propinado un puntapié en el bajo vientre. Con una capacidad de reacción que yo no esperaba, se situó detrás de mí golpeándome en la nuca con la culata de su revólver. El impacto fue de los que dejan aturdido a un buey.

Con mucha más razón me dejó aturdido a mí, un pobre tipo que se tenía que ganar la vida haciendo reportajes a tanto la línea.

Cuando caí a tierra, mis dos enemigos se pusieron en pie. Eso no llegué a verlo, pero me lo contaron más tarde. El del calibre 45 me apuntó cuidadosamente.

Antes de que disparara, se abrió una de las puertas. Una mujer desencajada apareció en el umbral.

—¡Canallas! ¡Ladrones! ¡Malditos asesinos!...

El grito llegué a oírlo muy confusamente, mientras hacía esfuerzos desesperados para incorporarme. Desde abajo, Ingrid debió gritar también. Se oyó el ruido de numerosas pisadas de gentes que subían por la escalera.

Los dos alemanes debieron asustarse. El del 45 tiró sobre mí, pero tan nerviosamente que sólo me produjo una rozadura entre dos costillas, en el lado izquierdo de la espalda. Luego corrieron velozmente hacia la habitación de Ingrid, por cuya terraza pensaban saltar.

Apenas unos segundos después, yo recobraba el conocimiento, al menos en parte. Vi como entre brumas unas siluetas que se acercaban a mí.

El conserje del Hotel, un solemne tipo uniformado, me ayudó a levantarme.

—¿Qué le ha ocurrido, señor Haley?

—¿Quién le ha puesto de ese modo?

Otra voz gritó:

—¡Está herido! ¡Todo su lado izquierdo sangra!

Me despojaron de la americana. Yo apenas podía hacer resistencia, porque estaba aturdido aún. Pronto se dieron cuenta de que la herida era superficial, y entonces me soltaron.

Mientras tanto habían empezado a oírse gritos también en la calle. Sin duda los alemanes acababan de saltar desde la terraza, y se abrían paso entre los tranquilos paseantes que a aquella hora aún circulaban por la calle. Era evidente que pronto desaparecerían y que nadie lograría detenerlos.

Todo esto lo pensé confusamente, mientras me sentía acometido por una violenta sensación de náusea que a toda costa traté de dominar. No quería hacer el ridículo delante de toda aquella gente; bastante lo había hecho ya.

En aquel momento el ascensor se detuvo en la planta donde nos encontrábamos.

Ingrid volvía.

No pareció demasiado sorprendida al verme vivo; yo hubiera dicho que mi vida o mi muerte le importaban poco. Salió del ascensor, empujando suavemente las ruedas de su silla, y se encaró a las personas que en aquel momento llenaban el pasillo.

—Por favor, llévenlo a su habitación. Y avisen a un médico.

De entre todas aquellas personas se despegó un hombre.

—Yo soy médico. A ver, dejen que lo atienda.

Me encontré tendido en mi lecho. Todo aquello seguía viviéndolo como entre sueños y me producía aún una fuerte sensación de irrealidad. Noté que me despojaban de la camisa.

—La herida es superficial —dijo el médico—, pero no le han alcanzado el corazón por sólo cuatro dedos. Este hombre ha estado de suerte.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Ingrid.

—Yo le haré la primera cura. En realidad la herida no tiene importancia, de modo que podrá levantarse mañana si quiere, pero con la condición de que le curen otra vez.

—Gracias, doctor.

Yo no contestaba, aunque los efectos del porrazo se iban diluyendo lentamente. Noté que entraban dos gendarmes y que

hablaban con Ingrid y con el conserje del hotel. No debieron obtener ninguna declaración importante, porque se alejaron muy pocos minutos después.

Al fin, y después de un tiempo que me pareció interminable, durante el cual el médico procedió a hacerme un vendaje, Ingrid y yo volvimos a encontrarnos solos.

Logré ponerme en pie, aunque un poco a trompicones. No quería que, si las cosas volvían a complicarse me pillaran en la cama.

Con la camisa desabrochada sobre los hombros, murmuré:

—Hay una montaña de cosas que quería preguntarte, Ingrid, y te agradecería que me contestases.

—Pregunta.

—En primer lugar, ¿conocías a esos hombres?

—No los había visto en mi vida.

—¿De qué podían conocerte ellos a ti?

—No lo sé... Posiblemente a causa de mi madre.

—¿Quieres decir que fueron compañeros suyos?

—Es posible.

—¿Y que este asunto está relacionado con lo de Roger Banton?

—También es posible.

Necesitaba urgentemente un trago. Abrí mi maleta, donde siempre suelo llevar una botella chata de *whisky*, y bebí hasta encontrarme algo más animado.

—¿Qué crees que buscaban? —pregunté al cabo de unos instantes.

—Ya lo has visto tú mismo. Probablemente eliminar obstáculos. Una vez en el coche nos hubieran hecho bajar en cualquier paraje solitario, matándonos impunemente.

—¿Pero por qué? Infiernos, hay una montaña de cosas que no entiendo en este asunto. Por un lado parece como si se tratara de algo sobrenatural, y por otro lado esos tipos son de lo más real con que me he encontrado en mi vida. ¡Y sobre todo el cachiporrazo que me han pegado! ¿Para qué habrán querido eliminarnos?

—Por alguna razón que yo ignoro de momento, somos un obstáculo para ellos. Eso es todo.

Me senté en un borde del lecho. Aún había otras cosas que quería preguntar a Ingrid.

—¿Cómo te permiten en este hotel moverte con tanta facilidad?

¿Eres un huésped?

—No, pero ya te he dicho que hace bastantes años que vengo a Lourdes. Aquí me conoce mucha gente.

—Ya.

—Incluso el médico que te ha atendido es bastante amigo mío.

—Lo celebro. Veo que en esta ciudad me sentiré la mar de seguro.

Lo dije en broma, y los acontecimientos se encargaron de demostrarme que ni en broma se podía decir una cosa así.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Dije que pasaran, y el que pasó fue uno de los gerentes del hotel. Venía muy untuoso.

—Lo siento mucho, señor Haley, pero lo ocurrido esta noche en el hotel ha sido de lo más lamentable para un establecimiento como el nuestro. La gerencia le ruega que lo comprenda. La policía ha tomado cartas en el asunto, y es evidente que se producirán nuevas molestias. Nuestros huéspedes tienen derecho a la tranquilidad, señor Haley, compéndalo.

—Lo que debo comprender es que me invitan a cambiar de alojamiento, ¿no es eso?

—Justamente. Veo que es usted una persona de gran sensibilidad, señor Haley.

—¿Puedo esperar a mañana para largarme?

—Por descontado, señor Haley. Nadie le echa. Sólo le sugerimos la conveniencia de cambiar de hotel, por supuesto a su entera comodidad.

Dije que sí, que me sentiría comodísimo largándome al día siguiente, y el fulano se evaporó.

Luego miré a Ingrid.

Ingrid no había despegado los labios, pero ahora su mirada parecía haberse oscurecido.

—Ese cerdo... —fue todo lo que dijo.

—No hace falta que lo califiques así... En el fondo, lo comprendo. En un hotel de esta clase, los huéspedes como yo nunca resultan deseables.

—Yo te recomendaré otro sitio.

—De acuerdo, pero debo intentar proceder con cierta cautela, ¿entiendes? Doy por descontado que esos tipos han logrado huir, y

que repetirán su golpe. Si saben enseguida en qué hotel estoy, voy a pasarlo mal. Necesito desorientarlos al menos durante un par de días.

—Lo comprendo. Procuraré llevarte a un sitio discreto.

—Y ahora otra pregunta, Ingrid.

—Suéltala.

—Tú me has hablado antes de que tu madre vivía en un apartamento del *boulevard* Hausmann.

—Sí.

—Y de que seguía viendo a Roger Banton.

—Sí.

—Lo que voy a preguntarte ahora es muy importante, Ingrid, y aunque la pregunta te parezca absurda tú me contestarás con toda la lógica de que seas capaz. ¿Es que quizá Roger Banton no murió cuando todos creímos? ¿O quizá se trata de lo que llamaríamos un resucitado?

La mirada oscura de sus ojos se desvió de los míos. Por unos instantes no contestó.

Parecía dar vueltas a aquella situación que no podía ignorar, pero que debía parecerle tan absurda como a mí mismo.

—Eso no lo sé —murmuró— porque a Roger Banton no lo he visto nunca.

—¿Quién te ha hablado, pues, de él?

—Mi madre.

—¿Qué te dice?

—Que de vez en cuando va a visitarla. Yo no sabía apenas nada de Roger Banton, y por eso no hice a mi madre demasiadas preguntas. Pero, eso sí, ella me habló de que resultaba inconfundible oírle andar.

—¿Inconfundible? ¿Por qué?

—Pues por una cosa muy natural. Porque sólo anda con una pierna.

—¿Cómo?...

Me miró con los ojos muy abiertos, como si no entendiera del todo mi sorpresa.

—¿Qué te pasa, Haley?

—¿Roger Banton es cojo?

—Pues... sí.

—¿Seguro?

—¿Seguro? ¿Cómo voy a saberlo con exactitud si no lo he visto nunca? Pero yo te hablo de lo que le he oído comentar a mi madre. Y ella dice que Roger Banton sólo se apoya en un pie.

—¿Sabes cómo es ese pie?

Ella me miró como si de verdad empezase a creer que yo me había vuelto loco.

—Oye, Haley, ¿a qué viene eso?

—Contéstame a la pregunta, Ingrid, por absurda que te parezca. ¿Sabes cómo es ese pie?

—Pues... no.

—¿Ni lo imaginas?

—¿Es que ese pie ha de tener algo de particular, Haley? ¿En qué especie de callejón sin salida te has metido tú mismo?

—Por ejemplo si se trata de un pie enorme, de ocho dedos —dije claramente, aun sabiendo que ella me llamaría loco.

Pero, por el contrario, se echó a reír.

—Tú has confundido a Roger Banton con un animal prehistórico, Haley. Los pies de ocho dedos ya no se estilan ahora —dijo, cuando la risa le permitió volver a hablar—. Pero si quieres te puedo llevar a un museo de Historia Natural.

—No será necesario —dije, un poco abruptamente.

—¿Qué te sucede? ¿Te has ofendido?

—No, no se trata de eso. Es que no comprendo que te tomes a risa lo que acabo de preguntarte.

Ella me miró intensamente, y yo tuve la sensación de que otra vez su mirada se había hecho transparente y limpia. De pronto me preguntó algo muy extraño.

—¿Tú crees que Roger Banton era un ser de otro planeta?

—¿Qué... qué dices?

—Me has entendido perfectamente.

—¿Es que has pensado tú también en eso, Ingrid? —pregunté con un soplo de voz.

—Yo no he pensado nada —murmuró Ingrid al cabo de unos instantes.

—¿Por qué se te ha ocurrido preguntar eso?

—Me he dado cuenta de que tú estabas pensando algo parecido. Ha sido como si te adivinase.

Se encogió de hombros con desenvoltura —una elegante desenvoltura que hacía olvidar que se trataba de una paralítica— e impulsó suavemente la silla hacia la puerta.

—De todos modos, mi madre ve a Roger Banton con frecuencia —dijo, cuando ya tenía la mano en el pomo—. Puedo preguntárselo.

—¿Lo harás?

—Seguro...

—¿Por qué no lo haces esta misma noche? Tu madre debe tener teléfono en su apartamento de París.

—No puedo —repuso.

—¿Por qué no?

—Ahora no puedo —se limitó a repetir.

Y salió antes de que yo pudiera hacerle ninguna otra pregunta.

CAPÍTULO IX

Empezaba a sentirme mal, pero la tensión nerviosa me daba una insospechada fuerza.

Abrí la puerta, para salir en seguimiento de la muchacha, y de pronto me acometió un temor horrible a hacer el ridículo. Quizá Ingrid se había estado burlando de mí; quizá me contestaría con otra de aquellas frases que yo no comprendía.

Ella, además, se alejaba con mucha rapidez. Se movía sobre las ruedas de su silla con mucha mayor velocidad que otras chicas sobre sus piernas.

Cerré la puerta, mientras me acometía una repentina idea.

Llamaría a Mesmer. Sabiendo ya que el apartamento del *boulevard* Hausmann estaba ocupado por Anna, él podría hacer algunas averiguaciones y darme la respuesta.

De modo que me tendí en el lecho y pedí conferencia con el domicilio particular de Mesmer. A aquella hora me la dieron casi instantáneamente. El teléfono sonó con insistencia antes de que se pusiera el propio Mesmer al aparato.

—Soy Haley.

—¿Qué quiere usted ahora? Justamente iba a acostarme. ¿Es que me llama para pedir más dinero?

—No, señor Mesmer. Trato de que haga una averiguación ahora mismo y me telefonee el resultado.

—¿Ahora mismo dice?

—Se lo ruego. Es referente a Anna.

—Desembuche.

—Sé dónde está.

—¿Dónde?

—En París, en el sitio donde vivió Roger Banton. Usted tiene el

número de ese apartamento, en el *boulevard* Hausmann.

—¡Infiernos! ¡De modo que la ha buscado por todo Europa, haciéndome gastar el dinero a manos llenas, y ahora resulta que está en el mismísimo París! ¿Cómo no se le ha ocurrido antes?

—Era demasiado fácil.

—¡La vida está llena de cosas fáciles que uno no se molesta en comprobar, Haley! ¡Debería enviarle al diablo solo por eso! ¿Pero qué quiere que haga? ¿Hablar con Anna?

—Hay algo fundamental, Mesmer —dije de todos modos.

—¿Qué?

—Ella ve a Roger Banton.

Su exclamación de asombro debió hacer temblar toda la línea.

—¡No diga majaderías, infiernos!

—¡No es ninguna majadería! ¡Y además otra cosa! ¡Roger Banton es actualmente un cojo!

—¿Quiere decir un tipo de esos... que solo... deja... una huella... de su pie?

—Ujú.

—Usted bromea, Haley.

—Vaya a ver a Anna y háblele de él. Acorrálela a preguntas. La cosa es grave, puesto que esta noche han intentado matarme. ¡No vacile! ¡Infiernos, muévase! ¡Espero su respuesta para antes de una hora!

Colgué.

A veces es mejor dejar a la gente con la palabra en la boca para que se mueva.

Me tendí en la cama, respirando fatigosamente. Movía los brazos bien, y cada vez me convencía más de que la herida no era grave, pero me sentía molesto. Quedé medio adormilado y perdí la noción del tiempo hasta que llamó Mesmer desde París.

Consulté mi reloj. Hora y media justa.

La voz de Mesmer era burlona, áspera.

—¿De modo que Anna ve a Roger Banton en su apartamento del *boulevard* Hausmann, eh, Haley?

—Sí.

Mesmer soltó una carcajada. La carcajada más desagradable que he oído en mi vida.

—Pues deben verse en el otro mundo, Haley, porque esa mujer

murió. Murió hace dos años, nada menos.

CAPÍTULO X

A nadie le extrañará, supongo, que aquella noche tuviera extrañas pesadillas.

Me debatía en un estado crepuscular en que apenas sabía distinguir lo real de lo imaginado, la locura de la sensatez.

Tenía la sensación de estar navegando en un mar oscuro en el que de pronto me hundía sin remedio. Me asía entonces a los bordes del lecho, como el que se sujeta a una tabla, y despertaba de pronto, bañado en sudor.

Fue una de las noches más locas y más amargas que he pasado en toda mi vida.

Por fin entró luz a través de la terraza, y entonces me sentí más aliviado. Abrí los ojos por completo, mientras me decía a mí mismo que no debía dejarme llevar por los acontecimientos. Era necesario tener sentido común.

Mientras pensaba todo esto, vi otra silueta sentada en la butaca que había frente a mi cama. En la misma butaca donde, la noche anterior, había estado sentada Ingrid.

Me incorporé casi de un brinco, mientras abría unos ojos como platos.

La voz con leve acento holandés me advirtió:

—No te asustes. Soy yo.

—¿Cómo?...

Aún me negaba a creerlo. Mis ojos estaban viendo las rodillas torneadas y redondas que yo tantas veces había intentado admirar al entrar en el despacho de Mesmer. Estaban viendo también los labios rojos y los ojos levemente ovalados de la holandesa que él tenía como secretaria. Todo aquello era real, pero yo aún me negaba a creerlo.

—Esto es una casa de locos —fue todo lo que se me ocurrió balbucir—. ¿Cómo has podido entrar?

—Hace muy poco que he llegado. He dicho abajo que tú me habías llamado para cuidarte.

—Pero tú... ¿no estabas en París?

—Sí, y Mesmer me sacó de la cama a medianoche.

—¿Con qué objeto? No sería para verte en deshabillé, supongo.

—Mesmer no es tan sinvergüenza como tú. Me pidió que viniera a ayudarte porque te habías vuelto loco.

—¿Y cómo has podido venir tan pronto?

—Me entregó su «Austin Healey 3000», y además he encontrado las carreteras vacías. ¿Sabes, cariño, que en otro tiempo corrí pruebas automovilísticas de aficionados?

—No, no lo sabía. Yo sólo creí que habías sido maniquí para anunciar ropa interior de señora.

Adelantó agresivamente el mentón, y por un momento creí que iba a atizarme con su zapato. Pero debí darle lástima y no lo hizo.

Por el contrario, preguntó tiernamente:

—¿En qué puedo ayudarte, imbécil?

—¿Sabes que estás muy cariñosa?

—Venir de París hasta aquí en un bólido de carreras para visitar a un loco, es un trabajo que no pone de buen humor a nadie.

—Cuando te explique lo sucedido te pondrás muchísimo peor, Gretchen.

—¿Qué es lo que ha sucedido?

—Espera; todo a su tiempo. Hazme un favor y vuélvete de espaldas.

Ella obedeció, haciendo girar la butaca. Vi sus hermosos cabellos casi al alcance de mi mano, y por un momento sentía la tentación de acariciarlos. Pero en lugar de eso lo que hice fue coger mi ropa y escabullirme con ella hasta el cuarto de baño, donde me di una ducha con agua helada de casi diez minutos de duración.

Luego me sequé, me vestí de cintura para abajo y salí de nuevo, mostrando los vendajes chorreantes de agua.

Gretchen me miró sin atisbo de sorpresa. Era una chica ideal para disimular sus emociones, cuando le convenía. Sus rasgados ojos no parpadearon ni una vez.

—Te han herido, ¿eh?

—Sí, anoche, pero no es nada grave. Pretendo que me cambies los vendajes.

Señalé un rollo de apósitos que el médico había dejado allí la noche anterior. Gretchen, sin hacer más preguntas, desenrolló los vendajes antiguos y, tras limpiar la herida, procedió a cubrirla de nuevo. Obraba expertamente, como una enfermera profesional. Ello no tenía nada de extraño, puesto que todo aquel que trabajaba con Mesmer tenía que servir para todo, menos para ganar dinero.

—¿Qué te parece la herida? —pregunté.

—Superficial.

—Yo me siento ya muchísimo mejor, pero al principio estaba asustado. Creí que me enterrarían en esta ciudad.

—Por lo que veo, ha sido un balazo de suerte.

—Sí, aunque todavía me duele bastante. No puedo permitirme hacer ninguna tontería.

Me puse la camisa mientras tanto. Luego abrí el balcón del todo, y a la luz del nuevo día. Gretchen aún me pareció más deseable y más bonita que en su despacho de París. Pero el clima de pesadilla seguía envolviéndome, tanto que la muchacha misma me producía una fuerte y extraña sensación de irrealidad.

Gretchen encendió un cigarrillo.

—Y ahora cuéntame esa locura, Haley —dijo con sensatez—. Mesmer no te ha creído, y dudo mucho que yo misma pueda llegar a hacerlo.

—Antes voy a preparar mi pequeño equipaje. He de notificarte que los del Hotel tampoco me creen. Me han expulsado.

Introduje mis escasas pertenencias en mi maletín, incluso la pistola que los policías habían dejado otra vez en mi habitación después de lo de la noche anterior, y lo cerré con un suspiro.

—¿Cómo te permiten llevar esa pistola?

—Tengo licencia francesa. Posiblemente lo comprobaron al revisar mi documentación.

—¿Sabes que estás metido en un montón de cosas sin sentido, Haley?

—Hablaremos de eso mientras desayunamos, preciosa. Después de toda una noche al volante, necesitarás tomar algo.

La tomé del brazo y bajamos al comedor del hotel donde a aquella hora aún no había casi nadie. Antes advertí que me

prepararan la cuenta, porque pensaba largarme inmediatamente.

Mientras desayunábamos, conté a Gretchen toda la historia, es decir todo lo que hasta el momento sabía sobre aquel condenado asunto. No omití un solo detalle.

Gretchen me escuchaba con atención, y no me interrumpió una sola vez. Al fin susurró:

—Vamos a intentar resumir, Haley. Esa chica, Ingrid, es hija de Anna, ¿verdad?

—Exacto.

—Pero no es hija de Roger Banton, sino de un empleado de hotel que trabajaba en Interlaken y que ya murió.

—Así es. Puede, teóricamente, ser hija de Roger Banton, puesto que su madre tuvo relaciones con él, pero por las fechas del nacimiento me parece que no debe ser así.

—Muy bien. Y Anna, a la que tú dabas por desaparecida, habita en París, en el lugar donde Roger Banton murió. ¿Cómo no pensaste antes en esa posibilidad?

—Era... ¿cómo explicártelo?, demasiado sencillo. Era el único sitio del mundo donde no se me hubiera ocurrido investigar previamente.

—Muy bien. Y, según Ingrid, ella sigue viendo a Roger Banton. Incluso sabe que es cojo.

—Ci... cierto.

—Pero resulta que Anna murió hace dos años.

—Bueno, eso es lo que dice Mesmer...

—Está comprobado.

A mí se me iba quedando la boca seca, a pesar que bebía incansablemente vaso tras vaso de agua mineral.

—En consecuencia, si Anna está muerta, y Roger Banton también, resulta que Ingrid me explicó una historia de aparecidos, ¿no?

—Justo. Y te engañó.

—Las mujeres siempre sois enemigas de las mujeres, Gretchen. Tengo razones para creer que esa chica es sincera.

—Puede serlo.

—Entonces...

Gretchen preguntó seriamente:

—¿Esa chica existe de verdad, Haley?

—¿Qué...? ¿Cómo?

Ahora mi boca ya no estaba seca. Ahora ardía.

—¿La has visto?

—¡Mil buitres! ¡Claro que la he visto! ¡Y he empujado su silla de ruedas!

—Hay gente que tiene la sensación de...

—¡Narices! ¡Esa chica es pura realidad! ¡Y está estupenda, si quieres que sea absolutamente sincero! Si no fuera por la silla de ruedas, ganaría un campeonato.

—Hay mucha gente que ha creído tocar a seres que no existen, Haley.

—¡Yo no!

—Siempre has visto a esa chica de noche, ¿verdad?

La pregunta, no sé por qué, tenía un tonillo que me hizo estremecer.

No se me ocurrió más defensa que decir:

—Tiene unas piernas estupendas, Gretchen. Bueno, al menos lo que puede verse de ellas.

—No has contestado a mi pregunta. Y procura no decir vulgaridades.

—Pues... bueno, sí... La he visto sólo una vez, y además de noche.

—¿Empiezas a estar de acuerdo conmigo?

—¿Es que crees de veras que se trata de una aparición?

—No sé qué creer, Haley. Pero la historia que tú cuentas parece no tener otro sentido.

—No me lles a un terreno absurdo, Gretchen.

—Al contrario, intento sacarte de él. Sólo si ves las cosas tal como son, Haley, por raras que parezcan, podrás desentrañar este misterio.

La posibilidad de que yo, la noche anterior hubiera estado hablando con una muerta, me heló la sangre en las venas.

—¡Pero todo eso sí que es absurdo! —balbucí—. No sólo la he visto yo, Gretchen. No he sido yo solamente... También los empleados de este hotel la han...

—¿Qué?

—... La han visto.

Gretchen hizo una seña a uno de los camareros, al cual la noche

anterior yo había creído ver precisamente, poco después del tiroteo. El camarero se acercó.

—Anoche hubo un tiroteo en este hotel, ¿no? —preguntó suavemente Gretchen—. Usted ayudó a este caballero.

—Sí, señorita.

—¿Estaba con él una muchacha que iba en una silla de ruedas?

—¿Una silla de qué?

Mi rostro empezó a volverse de color ceniza.

—Una silla de ruedas.

—No, no señorita. No había ninguna paralítica.

Casi alcé la mano para sujetar a aquel tipo por las solapas de la chaquetilla, pero Gretchen me detuvo con una sola mirada.

—Esa señorita bajó en el ascensor mientras a mí intentaban matarme. Y pidió auxilio —dije roncamente.

—Lo siento, señor, no la vi.

Quedé aplanado.

Bruscamente mis fuerzas desaparecieron, y sentí como si estuviera dando vueltas en torno a una columna de niebla.

La sensación de que a Ingrid sólo la había visto yo, y de que era una muerta que se me aparecía, resultaba lo bastante cómica como para ponerse a lanzar carcajadas en el comedor. Pero a mí, en cambio, me producía un escalofrío en la columna vertebral, un escalofrío que llegaba hasta mi nuca.

Gretchen me miraba al fondo de los ojos.

Su mirada era dulce, cálida, pero no lograba disipar aquel muro de tinieblas.

—A esa chica sólo la verás de noche —musitó.

—¿Y de día?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gretchen.

—Si ella quiere comunicarse conmigo durante el día (desde el cielo o desde el infierno, eso no lo sé), ¿qué hará? ¿De qué medios se valdrá para aparecerseme?

—No se te aparecerá.

—¿Y qué hará entonces?

Gretchen reflexionó unos instantes, con su habitual seriedad, como si aquel problema la interesara como ninguna otra cosa en el mundo.

—Se valdrá de algún medio que podamos considerar normal,

para comunicarse contigo.

—¿Por ejemplo?

—Te llamará por teléfono.

Fui a decir algo, fui a reír tal vez, comentando que aquello era absurdo, pero en aquel momento una de las empleadas de recepción se acercó muy modosita a nuestra mesa.

—¿*Monsieur* Haley?

—Yo soy. ¿Qué ocurre?

—Le llaman al teléfono. Tiene la comunicación en la cabina que hay saliendo del comedor, a mano izquierda.

—¿Y... y quién me llama?

CAPÍTULO XI

—Una señorita llamada Ingrid —dijo con suavidad, antes de alejarse.

Gretchen vino conmigo, cuando me puse en pie para dirigirme a la cabina. Soy un tipo a quien no gusta que las mujeres se metan en sus asuntos, pero esta vez casi se lo agradecí.

Fui hacia el teléfono como el que acude a una cita con el Más Allá. Era absurdo, y yo lo sabía, pero no podía evitar que fuese eso exactamente lo que yo sentía en aquellos momentos.

Sin embargo la voz de Ingrid era perfectamente natural al otro lado del cable.

—¿Haley?

—¿Cómo... cómo estás, Ingrid?

—Muy bien. Pensaba ir a buscarte, pero me he despertado ahora.

—Qui... quiero que nos veamos.

—Lo siento. Hasta esta noche no puede ser.

«No se te mostrará durante el día»... La frase de Gretchen me volvió a torturar los oídos en aquel momento. La miré, y ella debió notar por mi palidez cuál había sido la respuesta.

—De todos modos —siguió Ingrid—, he hecho ya algo por ti.

—¿Qué?

—Supongo que vas a cambiar de hotel.

—Sí, desde luego Después de la invitación que me hicieron anoche... Incluso he pedido que me arreglaran la cuenta.

—Te he buscado ya un sitio.

—¿Sí?

—El «Hotel Lax». Tienes en él una habitación reservada a tu nombre, la cual puedes ocupar en cualquier momento.

—¿Y tú dónde estás?

—En el «Hotel Victoria».

—De... de acuerdo.

—¿Qué te pasa, Haley?

—¿A mí? Nada... ¿Por qué?

—Te noto una voz extraña. E incluso me parece advertir como si hubiera alguien junto a ti.

Hice una seña a Gretchen para que se apartara del auricular. Era muy posible que su respiración, un poco jadeante, llegara a oídos de Ingrid.

¿O quizá ella lo había adivinado, simplemente?

Mis facciones estaban sudorosas cuanto mentí:

—Pues estoy solo en la cabina.

—De acuerdo. ¿Irás mañana a ese hotel?

—Sí, esta misma mañana.

—¿Cómo te encuentras de la herida?

—Mucho mejor. Ingrid...

—¿Qué?

—¿A quién pediste auxilio anoche, al llegar a la planta baja en el ascensor?

—¿Por qué?

—Es sólo una pregunta.

—No puedo recordar ahora... —Su voz vaciló unos segundos y al fin dijo:

—Ah, sí, a un camarero pelirrojo.

Por los cristales de la cabina yo lo veía. El camarero pelirrojo era el mismo a quien yo había preguntado poco antes, y que aseguraba no haberla visto.

Otra vez tenía la sensación de estar dando vueltas en torno a una columna de humo. Materialmente me ahogaba. La sensación de irrealidad era más fuerte que yo mismo.

Susurré:

—Nos veremos pronto, Ingrid.

—Esta noche...

Colgué el teléfono como un autómata.

Sentía muy cerca el perfume, la presencia tentadora de Gretchen, pero sin embargo me daba cuenta de ello de una forma muy remota.

—No vayas a ese Hotel —dijo ella.

—¿Por qué no?

—Puede ser una trampa. Hospédate en otro.

Comprendí que Gretchen tenía razón. Dije que lo haría.

Salimos a la calle, tras abonar mi cuenta, y me hospedé en un hotel llamado

«L'Econome».

Gretchen, por el que dirán, lo hizo en otro que estaba en el lado opuesto de la calle.

Una vez en mi nueva habitación, me tumbé en la cama y allí quedé como petrificado, como muerto. Una gran debilidad me había invadido, pese a lo cual no salí ni para tomar alimento en catorce o quince horas.

Al fin, cuando la noche ya había caído de nuevo sobre la pequeña ciudad, repiqueteó el teléfono.

CAPÍTULO XII

A mí me extrañó que alguien me llamara, porque nadie tenía que saber que me alojaba allí. Por un momento temí que fuese una comprobación de la policía y estuve tentado de no descolgar, pero al final me puse el micro al oído.

—¿Quién?

Una voz femenina me respondió.

—Por favor, Haley...

—¿Eres Ingrid?

—Sí.

—¿Cómo has sabido dónde me alojaba?

—Éste es el quinto intento que hago. He estado llamando a todos los hoteles que, según la guía telefónica, hay en esta calle.

—¿Sabes que es una imprudencia?

—No he podido remediarlo, Haley. Y no te culpo que hayas intentado engañarme.

—¿Qué sucede?

La mujer cuchicheaba. Parecía como si tuviera miedo de que alguien la oyese.

—Han intentado entrar en mi habitación.

—¿Que han intentado...? —vaciló—. ¿Cómo lo sabes?

—He oído un ruido muy leve y luego he visto como giraba el pomo de la puerta.

—¿No has pedido ayuda a conserjería?

—No. Hubiera sido inútil...

—¿Por qué?

—Era él...

Me estremecí en contra de mi voluntad. La voz de la mujer sonaba trágicamente.

—No digas tonterías.

—Lo sé. ¡Era él!

—¿Cómo lo has sabido?

—Unas veces Roger Banton andaba con más facilidad que en otras, según el grado de humedad del día. Entonces usaba un bastón para andar mejor. Ese hombre también lo usaba.

—¿Y qué? Hay centenares de personas que tienen que apoyarse en un bastón para andar. ¡Y te extraña eso precisamente en Lourdes! ¿Cuántos que sufren principio de parálisis tendrán que andar con esa ayuda?

—Yo he oído durante meses su modo de andar —dijo Ingrid con voz más temblorosa cada vez— y sé lo que me digo. ¡Mi madre me envió una cinta magnetofónica que recogía sus pasos! Todas las personas del mundo moverían el bastón de una manera distinta. ¿Crees que hay dos que necesiten apoyarse del mismo modo? He sabido que era él desde que comencé a oír los pasos al principio del pasillo. Y luego su modo de pararse... Su modo de hacer girar el pomo de la puerta.

—Por favor, Ingrid, cálmate y trata de reflexionar. Todo son figuraciones tuyas. ¡Cálmate!

—¿En una noche como ésta?

Miré maquinalmente hacia la ventana. Ésta era como una gran pizarra negra contra la que se estrellaban las ráfagas de lluvia.

—Debes intentar dormir...

—¿Y si vuelve?

—Explícame con detalle qué ha sucedido. Tal vez encontremos una solución.

—Nada. Excepto lo que te he dicho. Él ha intentado abrir la puerta, pero se ha dado cuenta de que estaba cerrada con llave. Yo contenía incluso la respiración. ¡No podía más! Veía la sombra de sus pies por debajo de la puerta, cortando la línea de luz, y he estado a punto de volverme loca y gritar de terror pensando que la cerradura pudiera ceder... Pero él se ha ido. He oído sus pasos y el roce del bastón yendo pasillo abajo.

Quise tragar saliva y no pude. Tenía la boca seca.

—Ingrid... Los muertos no necesitan bastón.

—Y yo te digo que sólo un muerto podía haber sabido tan pronto en qué hotel me hospedo.

—¿Has preguntado en conserjería?

—¿Qué es lo que tenía que preguntar?

—Si ha entrado alguien preguntando por ti. Es elemental.

—No..., no lo he pensado.

—Escucha, Ingrid.

—¿Qué?

La voz de la mujer era apenas un soplo. Estaba al borde de un ataque de histeria. Yo intenté tomarla en serio, aunque sabía que por fuerza había de ser una visionaria.

—¿Tienes a mano una tableta para dormir?

—Creo que sí.

—Tómatela y descansa. Métete en la cabeza esto Ingrid: Sea un muerto o un vivo, no puede atravesar las paredes, sino que necesita abrir las puertas. Y la tuya no ha podido abrirla, Ingrid. Coloca un par de sillas o una butaca detrás de la puerta, toma la tableta y duerme. No puede sucederte nada. Sea como sea, no podrá emplear un hacha para abrirse paso en un hotel como ése. Estás en el «Victoria», ¿verdad?

—Sí...

—Haz lo que te digo, Ingrid. Yo me daré una vuelta por ahí. No pienses más en eso. ¡Calma!

Suavemente, colgué.

Un minuto después consultaba la guía y llamaba a conserjería del hotel donde ella se hospedaba.

—«Hotel Victoria». Dígame...

—¿Se hospeda ahí una señorita llamada Ingrid, que llegó anoche?

—Un momento, señor. Consulto el registro.

Y apenas un minuto después:

—Sí, señor. Llegó justamente anoche. ¿Necesita hablar con ella?

Suspiré. ¿Me atrevería a decirlo al fin?

—No. Con el que quiero hablar es con su padre, que seguramente llegará de un momento a otro. ¿O tal vez ha llegado ya?

—¿El señor Bando? Precisamente ha venido hace unos minutos, dejando su tarjeta. Pero no tenemos ninguna habitación libre, y entonces ha dicho que se limitaría a hablar con su hija y buscaría alojamiento en otro sitio. ¿Algún recado señor?

—Sí. ¿No se confundirá? ¿Llevaba bastón ese hombre?

—En efecto, señor. Y a pesar de que llueve, iba con la cabeza descubierta.

Sentí que un estremecimiento me recorría la espina dorsal de arriba abajo.

—Gracias —dije con un soplo de voz.

Y colgué. Sentí el miedo erizándome los cabellos de la nuca.

Pero de pronto el horror entró por mi boca, por mis ojos, como una cosa física.

Noté que castañeteaban mis dientes sin poder evitarlo.

Al colgar el teléfono que estaba en una mesilla, a la derecha de mi cama, alcé la cabeza y entonces vi algo.

Mis ojos dilatados por el horror contemplaron la puerta.

Por debajo de ésta, cortando la raya de luz procedente del pasillo, se veía la sombra de un pie y la sombra de algo más: un bastón.

Y la manivela de la puerta se movía poco a poco.

No se oía ningún ruido, pero la manivela de la puerta movía lentamente. El hombre que estaba detrás no intentaba abrir por la fuerza, sino simplemente estaba probando si la cerradura cedía. Relajé los músculos al pensar que había cerrado la puerta por dentro.

¿Qué hubiera sucedido si Roger Banton llega a entrar, encontrándome dormido? ¿Cuáles eran las intenciones de aquel hombre, si es que realmente se trataba de un ser humano?

Volví a intentar tragar saliva, y al fin pude. Ya no tenía la boca tan seca.

Vencida la sugestión provocada por la voz temerosa de Ingrid la instintiva sensación de miedo había cedido. Ahora volvía a ser dueño absoluto de mis nervios.

Pensé que debía alegrarme, puesto que, al fin, podía tener la sensación de que la solución de todo estaba tan sólo a unos pasos, separada de mí por una hoja de madera.

Silencioso como un gato, salté de la cama y empecé a calzarme. Me abroché los pantalones y sobre la camiseta me puse un jersey azul que llevaba en mi maletín. Mientras lo hacía, noté que la manivela dejaba de moverse. Oí al bastón al golpear rítmica y suavemente en el pasillo. Roger Banton o el fantasma de Roger

Banton se alejaba.

Alisándome los cabellos con las manos, busqué con los ojos la pistola, que me habían devuelto después de la fuga de los dos sujetos. La tenía dentro del maletín. La saqué y me la introduje en el bolsillo posterior del pantalón.

En todo esto apenas empleé dos minutos.

Abrí la puerta de golpe y miré el pasillo a un lado y otro.

Respiré hondo, con un extraño sentimiento de angustia.

Nadie.

Mi habitación estaba casi al principio del pasillo, de modo que no era extraño que el hombre del bastón hubiera podido llegar ya al vestíbulo. Corrí hacia allí. Silencio absoluto en la escalera.

Pero uno de los ascensores bajaba.

Llamé al otro porque pensé que sería más rápido que bajar a pie. Esperé un minuto interminable a que la caja subiera. La impaciencia y la angustia habían hecho brotar unas gotitas de sudor helado de mi frente.

En cambio la herida ya no me dolía. Me sentía fuerte otra vez.

De pronto, cuando ya el ascensor se había detenido ante mí, oí un ruido de bastón en la escalera.

¡Roger Banton estaba bajando por allí, no por el ascensor!

Sin dudarle más me precipité escaleras abajo. Lejanamente oí un reloj que daba las doce. Y, mezclado con el sonido de las campanadas otra vez el «tic» «tac» del bastón. ¡El bastón que subía!

Apreté los puños, dispuesto a la acción.

Y de pronto mis músculos se relajaron, mientras en mi boca se marcaba una mueca de amargura y de rabia.

Estuve a punto de tropezar con ella.

La que subía apoyándose en un bastón era una anciana septuagenaria a la que seguramente daban miedo los ascensores. Llevaba un bastón de caoba con empuñadura de plata, y me miró con ojos indignados cuando estuve a punto de tropezar.

—¡Esos jóvenes! ¡Qué modales! ¡Y en un hotel de categoría! ¿Por qué no se va a dormir a un *camping*, muchacho?

—No me han admitido, señora. Me han dicho que pasase antes por la desinfección municipal.

—¡Insolente!

—¡Guapa!

La anciana se quedó estática mientras yo bajaba las escaleras a la velocidad de un tren expreso.

—Bueno, quizá no sea tan mal educado como parece... —suspiró, volviendo a apoyarse en su bastón de empuñadura de plata.

Llegué al vestíbulo. El conserje de noche miró con ojo crítico mi aspecto de boxeador que sale de un entrenamiento.

—¿Va a salir, señor? Está lloviendo.

—¿No ha salido también hace un momento un caballero cojo con un bastón? Dígamelo. Es importante...

—Claro que sí, señor. Ha salido el señor Roger Banton. Me ha dejado su tarjeta y me ha dicho que quería verle a usted para un asunto muy urgente. ¿Es que ocurre algo señor?

—¿Acaba de salir?

—Ahora mismo. Bajaba en el ascensor.

—¿Sabe qué dirección ha seguido?

—Eso no he podido verlo, señor.

El conserje estaba atónito. Por lo visto no sabía si esconderse debajo del «comptoir» o avisar a la policía.

—Gracias.

Salí a la calle, e inmediatamente me cegó una ráfaga de lluvia. El agua no caía con intensidad, pero el viento la arremolinaba y la lanzaba contra paredes y ventanas. Era una lluvia del Pirineo, gélida y dura. Miré a un lado y a otro.

A pesar de ser las doce de la noche, muchas tiendas permanecían abiertas aún, y desde luego la calle estaba bien iluminada. Pero esto estorbaba mis planes, porque había aún numerosas personas caminando de un lado a otro, bajo la lluvia.

Lancé una imprecación en voz baja.

Todos los que pasaban por la calle parecían fantasmas, pero yo necesitaba un fantasma con bastón y seguramente sin sombrero. Tenía que encontrarlo fuese como fuese.

De pronto creí verlo, cuando el hombre pasaba frente a uno de los escaparates. Se apoyaba en un bastón, y tenía una sola pierna pero aun así andaba con mucha rapidez. Sin duda era un hombre joven. No llevaba sombrero ni impermeable. El agua caía de lleno sobre su cara y sus ropas.

¡Tenía que ser él! ¡Por absurdo que pareciese tenía que ser él!

Eché a correr. El individuo, sin volverse, dobló la esquina. Yo fui

a volverla también a toda velocidad.

—Cuidado, señor.

Un joven de los «boy-scouts» me puso la mano en el pecho rogándome que me parase.

Poco más allá unos compañeros suyos arrastraban cochecitos de enfermos en dirección a la basílica. Los muchachos tiraban de ellos mediante unas correas que llevaban sujetas a los hombros y el pecho, como una mochila. Los enfermos, casi todos jóvenes, tiritaban bajo sus paraguas.

—Cuidado, señor —repitió el «boy-scout»—. Sería terrible que arrollase a unos de ellos.

—Pero ¿adónde van ahora?

—A la Basílica, señor.

—¿Con esta noche?

—Hay una procesión de antorchas en torno a la gruta.

Entrecerré los ojos, sintiendo que un principio de lágrimas asomaba a ellos. Me avergoncé de lo que me parecía una debilidad, pero realmente me di cuenta de que nunca me había sentido tan auténtico como en aquellos momentos. Era maravillosa aquella fe. Y yo, sano, fuerte, y lleno de vigor, no daba importancia a aquellas cualidades, como si tenerlas fuera lo más natural del mundo. Me di cuenta de que uno de los enfermos me miraba con resignación. Casi sentí vergüenza de ser tan fuerte.

Había llegado a olvidar al hombre del bastón cuando el «boy-scout» me dijo:

—Puede pasar. Gracias por haberme atendido, señor.

Doblé la esquina.

Ya no se veía ni rastro del hombre del bastón, pero un poco más allá la calle se bifurcaba. No cabía duda de que había tenido que doblar a la derecha o a la izquierda.

Corrí hacia la bifurcación.

A la derecha había un camino largo, entre torrecitas señoriales, por el que no se vía a nadie. En cambio el camino de la izquierda era más corto y terminaba bruscamente en ángulo. Sin duda el hombre a quien buscaba tenía que haber seguido por allí.

Vi una flecha que indicaba: «Pau».

Se trataba de una carretera. Más allá, sin duda, empezaban los campos solitarios.

¿Me habría preparado una trampa?

En todo caso necesitaba arriesgarme y comprobarlo.

Corrí, con los puños preparados, dispuesto a saltar en cualquier momento sobre el primer enemigo que se me pusiera enfrente. Pero no tuve tanta suerte, desde luego.

Los enemigos no se me pusieron enfrente, sino a los lados.

De pronto, en el espacio comprendido entre dos tapias, mis piernas se enredaron en algo.

Demasiado tarde comprendí en qué trampa tan sencilla y mortal había llegado a caer. Dos enemigos, uno en cada lado, habían tendido una delgada cuerda. Lancé una salvaje maldición mientras caía por no haber pensado en ello, pero ya era demasiado tarde.

Una culata se abatió dos veces sobre mi cabeza.

Mientras me daba cuenta de que iba a perder el conocimiento, oí más abajo, por donde acababa de pasar, los pasos de alguien que se alejaba con un bastón. ¡Banton, si es que existía, se había burlado de mí! Se había ocultado mientras yo pasaba a menos de dos pasos, sin verle.

Pero seguramente eso indicaba que Banton nada tenía que ver con los que me atacaban ahora. ¿Quizá huía él también?

Un tercer culatazo disipó estos pensamientos. Caí de bruces sobre el fango.

Pero vi demasiado cerca un pie de uno de mis enemigos. Quien fuera se había acercado a mi con demasiada confianza, dispuesto a liquidarme. Me lancé contra aquel pie mientras lanzaba un rugido...

Se oyó una maldición en alemán. Mi enemigo y yo rodamos por el fango, mientras varios pies chapoteaban hacia nosotros.

Vi una cara borrosa, algo grasienta, que me miraba con odio apenas a medio metro de distancia. Preparé mis puños golpeando con toda mi rabia, y aquella cara pareció deshacerse. No me di cuenta de que destrozaba a mi enemigo hasta que éste cayó exánime y chorreando sangre. Me volví entonces como una fiera acosada.

Tres hombres más se abalanzaban sobre mí.

—¡Marranos! —grité.

El primero venía con el estómago descubierto, y yo le clavé un corto que lo envió un par de metros más allá, aullando de dolor. El segundo alzó la culata de una «Luger» por encima de mi cabeza.

Moví la mano derecha de lado y con el canto de ésta golpeé la parte anterior del cuello de mi enemigo. Lo hice instintivamente, empleando para defenderme un viejo golpe de los que sólo se utilizan en la guerra. Supe que había dejado K. O., a mi adversario por la forma como éste cayó al suelo. Fue una cosa flácida, blanda, que ni siquiera tenía fuerzas para escupir sangre. El golpe le había dejado la tráquea hecha un acordeón.

Aún quedaban dos más, uno de los cuales estaba a mi espalda.

Me volví con la velocidad del rayo y logré esquivar el golpe del hombre, que iba armado con una barra de plomo. Ésta fue descargada sobre mi espalda, produciéndome un vivísimo dolor, pero sin alcanzarme ningún punto vital. En cambio, mi adversario fue empujado por mis brazos y arrojado como un fardo contra el que seguía en pie.

Los dos rodaron sobre el fango.

Sentí entonces que vacilaban mis rodillas, porque aún no había tenido tiempo material para reponerme de los anteriores culatazos. Cuando respiraba, sentí como si mil agujas se clavaran en mi cráneo.

Fue ése el momento en que uno de los caídos se levantó, atacándome por la espalda.

Fui a volverme, pero esta vez resulté demasiado lento.

La culata se abatió dos veces, rabiosamente, sobre mi cráneo.

Y en esta ocasión ya no pude resistirlo.

Caí de rodillas, mientras todo daba vueltas en torno mío. Quise levantarme, pero ya no pude. Estaba como un boxeador al borde del K. O., y yo lo sabía. El tipo de la barra de plomo se levantó y empezó a golpearme rabiosamente, hasta tener la sensación de que me había hundido las costillas.

—¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito! —gritó en un horrible inglés.

Pensé que si no pasaba un coche por allí estaba perdido. Pero a aquella hora y con la lluvia, eran pocos los que circulaban. Además, aquélla no debía ser la carretera general de Pau, a juzgar por su estrechez.

Pero, de pronto, los faros de un automóvil se encendieron a poca distancia.

—¡Aprisa! ¡Aprisa!

Suspiré con desaliento al darme cuenta de que era un vehículo

que mis enemigos tenían estacionado allí. Iban a llevarseme.

El coche, un viejo «Mercedes 190», avanzó despacio con el típico sonido de su motor Diésl.

Fui cargado sobre la parte posterior, sin que me sintiera ya capaz de ofrecer la menor resistencia. Caí sobre la alfombrilla del suelo, y entonces me di cuenta de que me ponían algo muy pesado encima. Advertí que me habían arrojado un cadáver cuando noté que la sangre de éste resbalaba sobre mi cuerpo.

Sentí una náusea y como un espasmo de horror.

Los tres hombres vivos subieron también, colocándose uno al volante, y los otros dos detrás con los pies sobre el cadáver. El «Mercedes» arrancó. No hizo ningún viraje, de modo que seguramente fue en dirección a Pau.

El viaje duró escasamente quince minutos.

De pronto el coche tomó una cerrada curva y se introdujo por un camino de grava. Al detenerse fui sacado a empujones. Me había recuperado en parte, pero comprendí que ahora sería un suicidio luchar contra los tres hombres sin haber recobrado del todo las fuerzas. Además, a mayor distancia de la ciudad, seguramente emplearían sus pistolas sin ninguna precaución.

Vi que estábamos en una casa gris, bastante vieja, con las ventanas cerradas y un letrero sobre la puerta.

«A vendre»

La casa estaba para vender, y sin duda se hallaba vacía en aquellos momentos. Los asesinos iban a emplearla por una noche.

Fui empujado hacia el interior con los cañones de las pistolas. Uno de los hombres se había adelantado a abrir las puertas con una ganzúa. No había ningún mueble en el interior, pero la luz funcionaba.

Uno de los hombres me dio un puntapié y me arrojó al suelo.

—¿Sprechtsiedeutsch? —preguntó secamente.

—Sí, hablo alemán —contesté—. Y francés, y español, y otras muchas lenguas entre ellas el ruso.

No era verdad, y los tipos debieron comprenderlo así.

De un puntapié en la boca, me dejaron mundo por una temporada.

CAPÍTULO XIII

Las fuerzas volvieron a mí muy lentamente.

Había recibido una paliza de las que dejan huella, pero no era eso lo peor. Durante la pelea había exigido a mi organismo esfuerzos superiores a lo que permitía mi reciente herida. Ahora ésta había vuelto a abrirse y sangraba con mucha lentitud, pero con insistencia. Comprendí que, si no me atendían, yo duraría como máximo veinticuatro horas. Y esperar que aquellos tipos me atendiesen era como esperar que se acercase la luna.

Cuando nuevamente pude empezar a ser un poco dueño de mis sentidos, miré en torno.

Estaba sentado en el suelo, en una habitación situada al fondo de la casa. Ésta no era muy grande, al parecer, y debía llevar bastante tiempo vacía, porque la humedad empezaba a hacer presa en puertas y paredes. Tenía jardín delante y detrás y debía estar a no gran distancia de la carretera, porque de vez en cuando, cuando pasaba un camión pesado, me parecía oír al ronquido de su motor.

Los hombres que me habían traído allí no aparecían por ninguna parte. Yo no podía ni imaginar cuáles eran sus intenciones.

Con la cabeza apoyada en la pared, intentando serenarme, reflexioné. Y juro que fue desesperante.

Cuanto más pensaba en todo aquello, más absurdo me parecía.

Por un lado creía ver en Roger Banton a un ser de otro planeta, un ser dotado de cualidades sobrenaturales y que aún palpitaba entre nosotros, cuando todos los creíamos muerto.

Imaginaba que aquel ser quizá tenía, en realidad, una forma monstruosa, una forma que los terrícolas no podíamos ni concebir siquiera. Normalmente se nos habría aparecido como uno de los nuestros, pero ahora, por alguna causa que yo ignoraba, parte de su

cuerpo ya habría vuelto a su forma auténtica. Por ejemplo aquel pie de ocho dedos, aquella zarpa que siempre aparecía junto a los muertos.

Al parecer, aquel ser abyecto se comunicaba con la madre de Ingrid, que también había muerto ya.

Y quedaba Ingrid.

O Ingrid creía de buena fe que su madre aún estaba viva, o era también un ser que se me aparecía con forma humana, pero que no tenía en realidad esa forma.

Al llegar a este punto en mis pensamientos, sentí vértigo.

¡Cielos, era como para volverse loco!

No podía creer en aquello; no deseaba que mi imaginación atravesara ciertos límites porque las sienes empezaban a estallarme ya.

Y a todo esto, ¿qué pintaban los tres tipos que me habían traído hasta allí?

Porque éstos sí que eran terrestres de verdad.

¿Qué pensarían hacer conmigo?

La oscuridad me rodeaba. Me puse en pie penosamente e intenté salir, puesto que no me habían atado. Pero la puerta era tan sólida que hube de desistir al cabo de algunos intentos. La habían cerrado desde el otro lado y no había modo de forzarla.

El silencio que me rodeaba era absoluto.

Sólo, de vez en cuando, percibía a lo lejos el ronquido del motor de un camión, puesto que el suave motor de los turismos que sin duda debían pasar por la carretera resultaba inaudible.

Empecé a tranquilizarme. Quizá aquellos tipos se habían equivocado, creyendo atacar a otro. O quizá no pensaban hacer conmigo nada que fuese irremediable.

Hasta que de pronto percibí aquel olor.

Al principio no fue apenas nada; luego se concretó. Y cuando me di cuenta de lo que aquello significaba, sentí que la angustia me impedía respirar.

Era olor a quemado.

¡Aquellos tres buitres estaban incendiando la casa!

Bruscamente comprendía por qué me habían traído allí. Cuando la policía encontrara mis restos, éstos serían irreconocibles, y me tomarían por un vagabundo que había sido víctima de un incendio

fortuito. Mi pista se perdería por completo.

¡Bonito y limpio sistema para eliminar a un hombre!

Concentré todos mis esfuerzos contra la puerta, pero fue inútil. Aquella hoja de madera, hecha con honradez campesina, lo resistía todo. Palpé las paredes, buscando una salida que no existía.

Una sorda desesperación se adueñó de mí.

Como todo el mundo, siempre he tenido miedo a la muerte, aunque no un miedo excesivo. Desde niño he aceptado que la vida es un riesgo continuo, y que para vivir hay que correr peligro. Pero existen formas de muerte en las que uno no quiere ni pensar, y una de esas formas es acabar tostado a fuego lento.

¡Y eso era lo que aquellos tres hijos de perra habían preparado para mí! ¡Cuando las llamas llegaran a aquella habitación, ya nada me salvaría! ¡Nada!

Por lo visto habían pegado fuego a las habitaciones interiores, para que cuando los resplandores se distinguieran desde el exterior ya fuese demasiado tarde. El humo ya entraba por debajo de la puerta, asfixiándome. Me di cuenta con sorpresa de que en este momento ya no me dolía nada, porque todas mis energías se habían galvanizado ante la certidumbre de que iba a morir.

¡Y estaba a oscuras! ¡Quizá hubiese una grieta, una escapatoria en cualquier pared y yo no la veía!

Volví a palpar los muros desesperadamente.

¡Nada, ni un resquicio! No había una ventana, y las paredes eran de sólida piedra. Estaba como un besugo en el homo, esperando a cocerme. Y aunque la idea pueda hacer gracia a alguien, juro que en aquel momento a mí no me hizo ninguna.

El humo que penetraba por todos los resquicios de la puerta me ahogaba ya materialmente.

El calor sofocante me agobiaba.

Si en aquel momento hubiese llevado la «Magnum» habría disparado contra la cerradura, intentando hacerla saltar, pero acababa de saltar casi de la cama y las ligeras ropas que llevaba no permitían ocultar un artefacto de tal calibre. No tenía más que mis manos para intentar salir de allí. ¡Y mis manos no servían de nada!

De pronto miré hacia el techo.

¿Y si el techo fuera endeble? ¿Y si yo pudiera hacer en él un hueco que me permitiera salir?

¿Un hueco? ¿Con qué?

En la habitación no había encontrado nada, ni un mueble, ni una silla. No sabía a qué altura estaba el techo, porque no podía verlo. Ni sabía si el techo era tan sólido como el resto de la habitación.

Pero necesitaba probarlo. Busqué algo que pudiera lanzar contra el techo y no encontré más que mi reloj de pulsera.

Desciñéndolo de mi muñeca, lo lancé hacia arriba con fuerza.

El ruido que hizo me demostró que encima de mi cabeza sólo había una cosa: ¡Tejas! Como en muchas casas campesinas, no había cielo raso. Las tejas cubrían directamente la habitación, que quizá estaba destinada normalmente a almacén o a trastero.

Levantar algunas de ellas no me sería difícil. ¿Pero con qué? Me di cuenta de que sólo tenía un par de minutos para pensarlo.

El humo ya me asfixiaba. Estaba tosiendo desde unos segundos antes, pero ni yo mismo me daba cuenta.

En cuanto perdiera el conocimiento, todo habría terminado. No recuperaría el sentido —y aun solo por unos horribles instantes— hasta que las llamas hicieran presa en mi cuerpo.

Yo sabía que había un medio para llegar hasta el techo, pero ese medio sólo estaba al alcance de un verdadero titán, y yo no lo soy, desgraciadamente.

Teóricamente es posible que un hombre, colocado en el ángulo que forman dos paredes algo rugosas, se eleve por ellas valiéndose sólo de sus codos. Sé quién lo ha hecho. Pero yo, por mucho que lo probara, no lo conseguiría, y menos estando herido.

Busqué angustiosamente algo que me permitiera trepar. Y llegué a la conclusión de que sólo podía utilizar una cosa.

El picaporte.

El picaporte era sólido, metálico y resistiría el peso de mi cuerpo. Lo difícil sería poner un pie en él y elevarme, pero debía intentarlo. Lo hice con el pie izquierdo. Tomé impulso y, sujetándome como pude a las rugosidades de las viejas paredes, quedé en pie sobre él. Hay cosas que en circunstancias normales uno no haría nunca, que hace cuando le domina la desesperación.

Ahora estaba a un metro sobre el suelo. Con los brazos alzados, en difícilísimo equilibrio, pude tocar el techo.

Golpeé una de las tejas hasta tener la sensación de que me

rompía los puños. La teja cedió, saltando hacia arriba. Se formó un pequeño hueco por el que pude ver la luz lejana de una estrella.

¡Una posibilidad de salvación! ¡La libertad, el aire, estaban ante mis ojos!

El vértigo me dominaba.

Sentía como si estuviera flotando en el aire, y me di cuenta de que iba a caer.

Ansiosamente me sujeté a las otras tejas, y éstas cedieron estrepitosamente. Caí a tierra envuelto en escombros. El aire entró en la habitación, aliviándome un tanto.

Volví a intentar subir el picaporte y fallé.

Lo intenté de nuevo. ¡Las llamas estaban lamiendo ya el otro lado de la puerta!

Pude quedar en pie al fin. Ahora el saliente al alcance de mis manos era lo bastante grande para que pasara mi cuerpo. Me sujeté al extremo de la pared y subí como pude. Al encontrarme al aire libre, en el tejado, casi no lo creía. El vértigo me dominó por completo, y antes de caer de cabeza preferí saltar.

Lo hice pasablemente bien. Tras tocar con los pies en el suelo di un par de vueltas antes de estrellarme de bruces, pero no me rompí ningún hueso. Luego me puse de nuevo en pie y anduve como un borracho.

Una mirada superficial a la casa bastó para que me diese cuenta de que las llamas eran visibles desde el exterior. Pronto llegaría gente desde la cercana carretera.

Pensé que era mejor alejarme, porque de lo contrario podía verme en un lío sin salida ante la policía francesa. ¿Y si me acusaban a mí de haber incendiado la casa?

Me hundí en uno de los bosques que abundan en la zona, y pensé que ante todo debía regresar a Lourdes. Sólo allí me sentiría un poco seguro. Aquella zona en que me encontraba la conocerían mucho mejor mis enemigos que yo.

Pensaba en esto cuando una bala se clavó en un tronco, a dos centímetros de mi cabeza.

Me arrojé a tierra violentamente, mientras miraba hacia el lugar de donde había partido el fogonazo. El disparo se repitió, ahora con peor puntería, lo que me permitió identificar a mi enemigo perfectamente.

Era uno de los tres buitres. Estaba allí, montando guardia, para cerciorarse de que la casa ardía.

Resolví jugármelo todo a una carta, ya que si me estaba quieto me mataría como a un cordero.

Y lanzando un rugido... ¡salté!

CAPÍTULO XIV

Mi enemigo no esperaba aquella ofensiva. Estaba husmeando el terreno para balearme cómodamente cuando de pronto me vio saltar contra él como si los papeles se hubieran invertido. Lanzó un gruñido y disparó mecánicamente, pero la bala no hizo más que asustar a los pájaros que dormían en las ramas superiores de los árboles.

Antes de que pudiera repetir el disparo, yo ya estaba encima. Quise derribarle... ¡y el tipo no cayó!

Era fuerte como un toro, más fuerte que yo, a pesar de que le había vapuleado bien durante nuestro primer encuentro. Al notar que podía resistir mi impulso, dio media vuelta con ánimo de voltearme sobre su espalda, en una clásica llave de «catch».

Yo le tuve durante varios segundos —unos segundos tan sólo— de espaldas a mí. La necesidad de acabar con él me hizo realizar algo que no sé si repetiré en todos los días de mi vida.

Apliqué un golpe de «kung-fu»,

el método semi secreto de la lucha china, que yo había practicado a veces. El golpe consistió en sujetarle por la cabeza, para mantenerlo fijo, de espaldas a mí, y golpearle salvajemente los riñones con mi rodilla derecha. Le oí lanzar un gemido ronco y quedó desmadejado en mis brazos, sin caer del todo aún. Entonces golpeé con mi frente contra su nuca y cuando lo solté supe que estaba muerto.

Una intensa sensación de horror me invadió. Sentí una violenta náusea, pero las circunstancias me obligaron a mantenerme fuerte.

Alguien se acercaba entre el bosque. Veía dos siluetas recortarse confusamente entre los árboles, y me di cuenta de que eran los otros dos buitres.

Ellos me vieron también a mí mientras me agachaba para recoger el arma del muerto. No perdieron ni un segundo.

El balazo con que se estrenaron se llevó por delante una pequeñísima parte de mi oreja, produciéndome un terrible dolor. Me arrojé al suelo y creyeron que me habían dado.

Uno de los dos hombres vino trotando hacia mí, con la pistola por delante.

Tiré a matar y no me equivoqué. Era muy difícil equivocarse a aquella distancia. El individuo se paró en seco, como si hubiera chocado contra una pared de cristal, y luego cayó de espaldas mientras llevaba los brazos al cielo. Tiré seguidamente contra el tercer enemigo, pero no acerté.

Mis nervios estaban demasiado tensos y todo el cuerpo me dolía. Las sienes me zumbaban como si fueran a estallar.

Vi que el tercer enemigo daba media vuelta y trataba de huir. El linde del bosque no estaba lejos, y evidentemente trataba de ganar la carretera, donde debía tener detenido el coche. Oí entonces el petardeo de una motocicleta.

Un gendarme de los de la policía de tráfico se acercaba al bosque en plan de «*moto-cross*», saltando a toda velocidad por entre los desniveles del terreno. Su compañero le seguía, pero tuvo menos suerte y acabó volcando al chocar con un ribazo.

Mi enemigo llevaba aún la pistola en la mano, y eso le perdió. El gendarme lo vio desde lejos.

—¡Alto! —aulló.

El fugitivo, por toda respuesta, le envió una bala. Ésta rozó el casco blanco del policía.

Se produjeron dos disparos. El de la moto no acertó tampoco, pero su compañero, el que había caído antes, le apoyó.

Sus disparos sí que alcanzaron al fugitivo.

Éste dio un extraño salto, pareció perderse de vista tras unos matorrales y de pronto quedó como suspendido en el aire, hasta caer blandamente a tierra. Me bastó una sola ojeada, aun a aquella distancia, para darme cuenta de que estaba muerto.

Extraje mi pañuelo, limpié como pude la pistola que tenía en la mano y la arrojé entre los matorrales del bosque. Unos segundos después echaba a correr con todas mis fuerzas.

Los dos policías se dirigieron hacia el muerto, y eso me salvó.

No llegaron a verme.

Fui a pie hasta Lourdes, en una marcha agotadora que terminó con mis fuerzas. Sin embargo, cosa extraña, cuando regresé al hotel y dije que toda la sangre que me manchaba había sido originada por un accidente de moto, me creyeron. O quizá llamaron a la policía, no lo sé. El caso es que yo no dejé que la policía llegara.

Cinco minutos después, había liquidado mi cuenta y viajaba hacia París a toda la velocidad de mi coche.

CAPÍTULO XV

No comprendo aún cómo no me maté en aquel viaje, porque hice todo lo que un buen conductor nunca debe hacer en la carretera. Me fallaban los reflejos y sufría de vez en cuando como una sensación de vértigo muy intensa. No me daba cuenta de que mi automóvil se situaba a veces en dirección opuesta, dando cara a los fenomenales camiones que venían por el otro lado. Dos veces tuve que frenar «*in extremis*» porque iba a dar de narices contra un árbol.

Por fin llegué a París, donde la sensación de vértigo ya se me hizo insoportable.

Tengo un amigo médico en el *boulevard* Montmartre, y casi por milagro encontré un hueco para aparcar ante su domicilio. Unos momentos después estaba tendido en su mesa de exploraciones, rogándole que me diera algo para animarme y no me hiciera una sola pregunta.

—Pero yo tendría que dar parte a la policía... A ti te han baleado...

—Por favor, déjalo para más adelante. Diez o doce horas tan sólo. Transcurrido ese plazo, yo explicaré todo lo que haya que explicar. Confía en mí, te lo suplico.

Él confió.

Me aplicó plasma, puesto que había perdido bastante sangre, y me obligó a descansar cinco horas seguidas. Digo que me obligó porque la inyección sedante que me puso fue de las que tumban a un caballo. Cuando desperté, ya por la tarde, tenía la sensación de estar más fuerte, pero el vértigo no había desaparecido.

Me habían vendado bien. Estaba desnudo en la cama de mi amigo, y sobre una mesita me esperaba una comida ligera. En el

colmo de su espíritu de colaborador, mi amigo me había dejado sobre una butaca un traje que más o menos me sentaría bien, porque no podía ir por París mostrando las manchas de sangre.

Me puse el traje, después de tomar el desayuno, y me sentí bastante mejor. De todos modos era evidente que no podría hacer grandes esfuerzos.

Vi que la casa estaba vacía. Mi amigo, que vivía solo, debía estar haciendo sus visitas.

Me asomé a la ventana y observé que atardecía sobre París. Las primeras sombras se insinuaban sobre las calles, y yo no podía dominar una tremenda sensación de irrealidad, de vértigo, al pensar que unas horas antes me encontraba a punto de arder en una casa cercana a la frontera española. Pero poco había avanzado desde entonces, y yo tenía que reconocerlo. El misterio seguía en pie. Debía ir al *boulevard* Hausmann para intentar desentrañarlo, y eso fue lo que hice.

La casa era una de las más viejas del *boulevard*, y en gran parte estaba habilitada para despachos. Yo pensé que quizás el apartamento en que se hallaba el telescopio debió ser propiedad de Roger Banton, ya que de otro modo no comprendía quién podía haber estado pagando el alquiler todos aquellos años. Era muy posible que Anna, o quien fuera, lo ocupase por las buenas, abonando simplemente la contribución y los gastos comunes de la casa.

En el edificio había mucho ajeteo a aquella hora; conté las oficinas de tres pequeñas casas de seguros en él. La gente entraba y salía presurosamente. No daba de ningún modo la sensación de que allí podía ocultarse el menor misterio; más bien se desprendía del edificio ese movimiento de colmena que es propio de los lugares de oficinas, ese aburrimiento masivo, plúmbeo, inacabable, de los archivadores del día, las letras protestadas, los recibos corrientes y las fastidiosas cartas de los jefes. Ese aburrimiento del que ve terminar el año soñando en las vacaciones del siguiente, y así va marchitando su vida.

Un asco.

Subí al ático, pues el observatorio sólo podía estar allí. En efecto, la puerta del ático era la única que no tenía placa.

Pulsé el timbre. Nadie contestó.

Era lógico. No iba a salir a abrirme el propio Roger Banton, o el fantasma de Anna.

Me di cuenta, tras un examen detallado, de que la cerradura era de las de seguridad, es decir no podría abrirla utilizando ninguna de mis llaves, ni una horquilla o una ganzúa. Aparte de que yo no tenía ninguno de esos dos últimos instrumentos.

¿Iba a quedarme sin entrar ahora que estaba a un paso de lo que me parecía la solución del misterio? ¿Iba a resignarme a perderlo todo ante aquella simple puerta cerrada?

Recordé lo que había hecho en Hamburgo. Ante la casa de Kitty me había encontrado en una situación semejante.

Subí, pues, a la azotea. Ésta estaba cerrada, pero pude descolgarme por un tragaluz. Me encontré de pronto en un tejado de pizarra que resbalaba peligrosamente hacia las profundidades del *boulevard* Hausmann.

A poca distancia de allí estaban dando los últimos toques a un edificio. Debía ser el del consorcio de joyeros de que me había hablado Mesmer tiempo atrás. Confié en que no me viese ninguno de los obreros, porque en tal caso avisarían inmediatamente a la policía.

La pizarra estaba muy resbaladiza a causa de la humedad. Empecé a sudar de angustia al darme cuenta de que me había metido en un lío del que quizá no sabría salir. El bullicio del tráfico, llegando desde muy abajo, se metía en mis oídos como una implacable amenaza. Me imaginé a mí mismo resbalando hasta el borde y saltando al vacío. La gente diría que me había suicidado. Alguien comentaría que los que viven de escribir están, al fin y al cabo, locos de remate.

Cosa extraña, lo que me supo peor fue pensar que ya nunca podría desvelar aquel misterio. Había llegado a obsesionarme tanto, que mi propia vida me importaba ya poco.

Veía muy cerca de mí la cúpula del observatorio, junto a la cual había una ventana de buhardilla. Seguramente podría entrar por allí. Mi sudor angustioso aumentó al darme cuenta de que podría morir a dos pasos de la meta.

De pronto mis manos cedieron.

¡Estaba resbalando hacia el borde del tejado! ¡Mi cuerpo no encontraba nada a lo que asirse, en la viscosa y pulida pizarra!

Hice un titánico esfuerzo, sintiendo un dolor terrible en la herida, y logré asirme al borde de la ventana que ya había visto antes. Respiré afanosamente mientras mi cuerpo dejaba de resbalar. Tardé casi dos minutos en tranquilizarme un poco, mientras las sombras de la noche parecían caer sobre mí con increíble velocidad.

Por fin estuve en condiciones de hacer un nuevo esfuerzo. Rompí con el puño el cristal e introduje por el hueco mi mano derecha ensangrentada. Fue fácil abrir la ventana, y me deslicé al interior.

En efecto, aquello era el observatorio.

Se trataba de un recinto amplio, casi redondo, con la cúpula como remate. Había allí otras dos puertas, que sin duda daban a distintas dependencias del mismo apartamento. Pero en ese instante sólo me fijé en el telescopio, que era de lo más extraordinario que hubiese podido imaginar.

No es que yo sea un experto en aparatos astronómicos, pero aquello no se parecía a un telescopio, o al menos tenía con los telescopios corrientes notables diferencias.

En efecto, en la boca del mismo no parecía haber una lente, sino una especie de cañón alargado de extraña forma. La base del aparato era muy sólida, compleja y llena de mecanismos que no parecían tener ninguna relación con la observación de los espacios siderales. Si en aquel momento me hubiesen dicho que aquel aparato era un arma, lo hubiera creído a pies juntillas.

Y, realmente, muy poco después supe lo que aquel aparato era.

Pero en aquel momento pensé que necesitaba asegurarme de no tener a nadie a mi espalda. De modo que me volví, abrí una de las puertas y me encontré en un pequeño despacho, donde había un ancho diván para descansar. Existían allí varios cuadros de buenas firmas, numerosos libros y algunos instrumentos de medición, pero no fue eso lo que miré. No. Mis ojos quedaron absortos por otra cosa.

La huella estaba allí. ¡La huella de la zarpa estaba en el suelo, a dos pasos de mi cuerpo!

Fue entonces cuando oí aquella voz.

Aquella voz que ya conocía y que produjo extrañas resonancias en mi cerebro.

—Vuélvete, Haley.

Lo hice. Me volví lentamente, muy lentamente, para encontrarme frente a Ingrid.

Una Ingrid que ya no iba en su silla de ruedas. Una Ingrid alta, bien formada, hermosa como siempre, pero más inquietante que otras veces. Inquietante no sólo por su hermosura y por sus ojos, sino también por la pequeña automática que llevaba en la mano derecha.

Confieso que en aquel momento no tuve ninguna sorpresa. En el fondo de mi corazón, había imaginado aquella escena cuando me decidí a venir a París.

Supe que Ingrid no se detendría ante nada. Leí en sus ojos la determinación de la mujer para quien los hombres y los sentimientos no cuentan. Yo sé bien que una mujer así es mucho peor que cualquiera de nosotros.

Pero quise fingir serenidad y pregunté:

—¿Qué es eso? No intentarás convencerme ahora de que se trata de un telescopio...

—Es una máquina para enviar un rayo Láser —dijo con voz fría y opaca—. Supongo que sabes lo que es un rayo Láser: una luz de determinada frecuencia que atraviesa cualquier metal y deshace cualquier cuerpo a no importa qué distancia.

—Por tanto nunca hubo un telescopio aquí...

—Nunca. Lo del observatorio era una simple tapadera, aunque tendrá para nosotros una utilidad marginal.

Se acercó muy lentamente, sin dejar de apuntarme un momento con su automática. Y señaló entonces, con la mano izquierda, algo que había en el suelo de la habitación de la que acababa de salir.

Confieso que aquello fue una vergüenza para mí. Y confieso que, en cierto modo, casi me causó risa verlo.

Allí estaba el secreto de la extraña huella que tantas inquietudes nos había causado. La que no acertábamos a explicarnos.

Se trataba simplemente de una zarpa de goma gruesa, adosada a un palo largo por el que podía inflarse, simplemente soplando. Bastaba inflar aquella zarpa artificial para luego, mojándola, dejar aquella huella cuya sola visión causaba escalofríos.

Ingrid sonrió.

Su sonrisa seguía siendo helada, quieta.

Se burlaba de mí, se burlaba de la policía, del mundo entero.

—¿Roger Benton está muerto de verdad? —pregunté con un soplo de voz.

—¡Claro que está muerto! Murió durante la guerra.

—¿Y por qué apareció esa misma huella junto a él?

—Él la había inventado como un medio de defensa. Quería asustar a cualquiera que intentase entrar aquí. La probaba cuando sufrió el ataque.

—¿Entonces no lo mataron?

—No. Sufrió simplemente un ataque cardíaco.

—¿Ya estaba preparando él este aparato para el rayo Láser?

—Sí, pero de un modo muy rudimentario Roger Benton era muy inteligente, y durante la guerra ayudó a ocultarse a ilustres científicos que le desvelaron parte de sus secretos. Con lo que sabía, intentó construir esta máquina, que podía convertirse en un arma infernal. Los motivos que le impulsaron fueron meramente patrióticos. Roger Banton ha sido la única persona digna que ha entrado en esta casa.

—¿Tu madre no? —pregunté ásperamente.

—Mi madre era, por decirlo así, depositaria del secreto de Roger. Era también muy inteligente, y cuando cesaron las persecuciones y la vida le proporcionó un poco de calma vino a este apartamento, propiedad de Banton y cuyas llaves ella poseía. Intentó continuar las experiencias hasta que... aparecieron los hombres a los que tú mataste cerca de la frontera.

—¿Los alemanes?

—Exacto. Ellos. Fueron esos hombres quienes descubrieron un día lo que mi madre estaba intentando hacer, y acabaron con ella. El procedimiento fue sencillo. Un suave golpe en la nuca, una inyección directa de digotoxina, o incluso bencina simplemente, al corazón, y asunto arreglado. Si se emplea una aguja muy fina, no hay médico que preste atención a ello.

Su calma, la espantosa frialdad con que hablaba de aquel asunto, me produjeron una violenta náusea.

—Ellos mataron a tu madre... ¿y tú te aliaste luego con ellos? ¿Lo hiciste?

—¿Por qué no?

—Eres miserable, Ingrid. Eres... lo más bajo que he conocido.

—No emplees ahora palabras inútiles, Haley. De nada servirá.

Me alié con ellos porque me convenía y porque hay que dejar a un lado los sentimentalismos. Igualmente, cuando nos enteramos de que Kitty había encontrado unas cartas de su madre en las que le hablaba veladamente de este asunto, resolvimos eliminarla también, para que no estorbase. Sólo quedabas tú, un maldito entrometido, y a ti había que liquidarte igualmente.

Apreté los labios. Me daba cuenta del peligro que corría, y me daba cuenta también de que no saldría vivo de allí, pero eso no me importaba. Curiosamente, sentía un desprecio absoluto por mi propia vida. Antes de que ella disparase, sin embargo, pregunté:

—¿Por qué apareciste como una paralítica?

—Porque de pequeña lo fui, efectivamente, y en Lourdes me conocía mucha gente con mi silla de ruedas. Pensé que parecería más inofensiva si aparecía allí como me habían visto siempre.

—Y desde el primer momento decidiste que yo tenía que morir, ¿verdad?

—Así es, cariño. Siento decírtelo con tanta vulgaridad, pero ya empiezas a apestar. No has hecho más que estorbar desde que metiste las narices en este condenado asunto.

—¿Y por qué fingiste ayudarme cuando tus amigos trataron de matarme por primera vez?

—¡Qué estúpido eres, cariño! Yo necesitaba fingir inocencia, y para ello nada mejor que pedir ayuda a fin de que no te matasen. Creí que cuando llegara la ayuda tú estarías muerto ya, pero aquellos imbéciles no supieron conseguirlo. Luego te conté aquella historia acerca de mi madre y de Roger Banton para que tú mordieras el anzuelo cuando aquel tipo con bastón se presentó ante tu puerta. Y lo mordiste, pero no sirvió de nada. Has tenido hasta ahora demasiada suerte, Haley...

Levantó un poco su automática. Casi sin pensarlo, guiado por el instinto, pregunté:

—¿Pero tan importante es lo que hay aquí? ¿Qué os dará a vosotros ese maldito rayo Láser?

—En primer lugar es un arma de efectos decisivos —explicó lentamente— con el que podemos, si nos place, destruir en un segundo y sin llamar la atención, cualquier aeronave que se nos coloque al alcance. ¿E imaginas lo que puede significar destruir en silencio un avión en el que viajan el presidente de la República

francesa o un presidente de los Estados Unidos en visita oficial? Prácticamente nuestra arma no tiene precio, y un grupo de personas decididas puede obtener con ella casi todo lo que desee. Claro que hay también una utilidad marginal, y de ella te he hablado antes. En unos segundos, cuando las joyas del Consorcio estén guardadas en ese edificio fronterizo, podremos abrir un hueco en la pared y deslizarnos hasta él desde el tejado, apoderándonos de una fabulosa fortuna. ¡El robo más fácil y más fructífero que se habrá cometido nunca! ¿Crees que no vale la pena? ¿Piensas que ante eso puede pensarse en conservar una miserable vida como la suya?

Yo comprendía que no. Que nada valía la pena de ser conservado. Y la náusea que sentía hizo que no intentara defender mi piel. ¿Para qué? ¿Qué conseguiría? ¿Morir de rodillas ante Ingrid, al intentar arrebatárle la pistola?

—No sé cómo te desharás de mi cadáver —susurré sin embargo.

Era mi única venganza, pero no pareció causarle efecto.

—Muy sencillo. Te quedarás aquí.

—¿Cómo?

—La gente pasará junto a tus restos sin saberlo. La gente entrará aquí y dejará las huellas de sus pasos junto a tu tumba.

Involuntariamente me estremecí. El estremecimiento se transmitió a mis dientes, que castañearon durante algunas fracciones de segundo.

—No te entiendo —musité—. Juro que no te entiendo.

—El rayo Láser volatiliza cuanto toca —susurró—, sean metales, piedras o sustancias orgánicas. Nada quedará de ti, ni siquiera el recuerdo. Esta habitación será tu tumba ¡una tumba donde no te verá nadie!

Avanzó hacia el gigantesco mecanismo que había bajo la cúpula. Yo estaba como hipnotizado, como fascinado por aquella situación. Si en ese momento hubiera tratado de saltar, les aseguro que mis músculos no me hubiesen obedecido. Igual que un sonámbulo, vi como ella, empleando simplemente la mano izquierda y sin dejar de apuntarme con la derecha, hacía girar el extraño y alucinante cañón hasta volverlo hacia mí. Me di cuenta entonces de que había cambiado de intención. Su sonrisa se hizo maligna. No quería enviarme el rayo después de la bala. ¡Quería deshacerme con el rayo Láser cuando aún estuviera vivo!

De pronto me moví.

Juro que lo hice sin darme cuenta. Me lancé de costado, de un modo instintivo, mientras Ingrid me enviaba al mismo tiempo el rayo y la bala. El rayo atravesó la pared limpiamente, en silencio y como si fuera un rayo de ultratumba. Y yo creo que el Láser, en efecto, tiene algo de fuerza del otro mundo. Caí al suelo, arrojándome a los pies de Ingrid, y ésta lanzó un grito, perdido el equilibrio, mientras caía hacia delante. ¡Y su cabeza rozó un instante, sólo un instante, el mortífero rayo Láser!

Mi grito se confundió con el suyo. Y su grito fue de angustia, el mío de horror.

No puedo describir lo que fue de la cabeza de Ingrid, ni mi pluma podría ahora detallar lo que entonces vieron mis ojos. Febrilmente, manejando todos los mandos, que estaban a mi alcance, logré detener el funcionamiento del infernal aparato. Luego quedé apoyado en la pared, atónito, sin respiración, sintiendo que al angustia, me ahogaba y que mis fuerzas fallaban poco a poco.

Cuando fui a ver a Mesmer, una hora más tarde vi que Gretchen aún se encontraba en el despacho, a pesar de lo avanzado de la hora. Sin duda acababa de regresar de Lourdes Gretchen tenía un aspecto triste. Sus ojos apenas se iluminaron al verme entrar.

—Ojalá te hubieran matado —se limitó a decir, a manera de saludo.

—Entra y dile a Mesmer que tengo muchas cosas interesantes que contarle. ¡Ah! Y no vuelvas a sobornar camareros pelirrojos.

—No se me ocurrió otra cosa para que no fueras con aquella mujer —dijo sombríamente—. Pretendí demostrarte que era un fantasma... ¡y ojalá lo hubiera sido de verdad!

—No te preocupes —dije, no menos sombríamente—. Ahora lo es.

—¿Qué quieres decir?

—Entra con nosotros cuando yo lo explique —ofrecí— o mejor, lee mi relato cuando lo escriba. Es más triste, ¿sabes? Lo único que tendrá de bueno será haberte conocido a ti.

Ahora se iluminaron un momento, sólo un momento, los ojos de Gretchen.

—Gracias, Haley —dijo con suavidad.

Fui junto a ella, y cuando entramos en el despacho de Mesmer

nuestras manos estaban unidas.

Pero Mesmer, el muy bestia, ni llegó a darse cuenta.

FIN

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS

EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros. Los científicos que trabajan para la guerra, pueden provocar la hecatombe final.

Basta con que alguien oprima un botón en Washington o en Moscú.



MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

INTERPRETE SUS SUEÑO

Pierre Real

¿Sabe usted que los sueños pueden a veces avisarnos de que un peligro nos amenaza?

¿Sabe que todos soñamos, aunque no siempre lo recordemos al despertar?

¿Sabe que un sueño puede mostrarnos el camino que conduce al éxito en la vida?

Pero los sueños nada significan sin la clave adecuada para interpretarlos y abrir la puerta de un mundo maravilloso.



**MARABU
ZAS**

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



epi 50

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1712*